

II

*Hasta que un día
me devolvieron el nombre
y salí a lucirlo por los pasillos
del mundo.*

*Máscaras encontré
países perfiles adormecidos
lenguas golosas de novedades
absurdo.*

*Me dejé caminar así
hacia mi ningún lugar
hacia mi nada
por desfiladeros de huellas
sin rocío
sin poder traducir
mis cicatrices.*

*¡Este nombre no es mío!
El mío
era cien era mil era todos
el mío
era cuerpo era vientre era voz
tenía vecinos silbaba
era diurno y nocturno
era un dios.*

*¡Se me ha perdido mi nombre!
por las veredas de un mapa
sin esquinas grité
entre puertas acribilladas de miedo.*

*¡Quiero mi nombre!
mi nombre propio curvo palpitante
¡Que me lo traigan!
envuelto en primaveras
con erre de rayuela
con o de ojalá con a de aserrín aserrán.*

No fue un sueño

Hoy ví, en sueños, un mundo a la deriva. Había figuras que volaban o nadaban en el espacio, mujeres enormes y diminutas, hombres de todos los tamaños que se duplicaban, triplicaban, multiplicaban. Al hacerlo creaban cuerpos y parecían bailar con alguien. Ese alguien era un traje sostenido por el vacío de una ausencia. Las parejas jugaban a las simetrías y a las sorpresas, apareciendo y desapareciendo en un fondo negro del que brotaba el asombro. Un tren fulgurante atravesó el horizonte, yendo hacia ningún lado. Un barco cruzó el océano en otra dirección, pero unas olas inmensas rompieron contra la proa, lo cubrieron de

espuma, y la nave cambió de rumbo. Implacables alas de aviones sobrevolaban horizonte, océano, y toda costa posible. Oí una ovación pero no había nadie, sólo ecos. Salí corriendo del sueño, en el sueño.

No fue un sueño. Parece no haber nadie cuando la arrancan del colectivo y la meten en un auto. La historia de siempre. En pleno día, en pleno centro, en plena juventud. Sólo que, en el caso de Olga, a quien querían arrancar del colectivo era a mí. ¿Cómo? ¡si ya lo habían hecho! Sí, y lo podían volver a hacer tantas veces como lo consideraran necesario.

-En el setenta y ocho me secuestran a mí -cuenta Olga- pero sólo por un rato. Ni llega a ser un secuestro, aunque me cambió la vida. Viví con miedo desde entonces.

Una prima que nunca conocí les muestra a mis padres una foto carnet de la adolescencia. En blanco y negro somos iguales, casi. Empieza a dar vueltas el Falcon sin chapas con Olga. Pleno centro, pleno día, plena joven que no entiendo bien: si sólo estudia y va a bailes y no está en nada, por qué y cómo un coche ajeno, el pañuelo encerrándole la mirada, y la voz anónima del walkie talkie recitando el identikit: ojos azules, rubia. El pelo se enreda entre dedos poderosos: le están por arrancar la peluca negra, pero no logran despegarla del cuero cabelludo. La confusión de los colores los irrita:

-¡Te teñiste, hija de puta!

1978. Ahora son derechos y humanos. No se la agarran con cualquiera porque están llegando demasiados intrusos extranjeros para husmear en asuntos internos. Los empleados no saben qué hacer con el paquete, dan vueltas por el centro: que el walkie talkie decida si lo largan

o no.

El que decidía si nos largaban o no era un coronel, que siempre me venía a ver. En esas charlas le descubrí un lado flaco. Me di cuenta, primero, que era soltero. Y segundo, que tenía una fijación edípica con la madre. Las visitas eran cada tres meses y después de cada una el tipo ordenaba las libertades. Entonces me organicé toda una conversación centrada en eso. Cuando llega a mi celda le digo -mirá, lo que más extraño es a mi madre. Ni siquiera menciono mujer, amigos, nada. Había recopilado de mi vida un montón de historias sobre el tema. Le insistía: - durante toda mi infancia y mi adolescencia he estudiado para poder recibirme y así darle un título a mi vieja. Y a un machista y un tipo edípico, uno puede esperar que esas cosas le impresionen. Cuando termina la visita me dice: -no quiero prometerte nada, pero podría ser que la próxima tenga alguna buena novedad. Y me pregunta: -¿con quienes te juntás vos en el patio? Entonces pienso, ahora sí tengo que decirle con quienes me junto. Por eso se lo digo. Después ponen la lista con los que salen en libertad. ¡Y aparezco yo con todos los que andaban en el patio conmigo!

¿Fue así, Gerardo?

-Antes que nos sacaran al patio te escuché- me cuenta un amigo de Gerardo. Nos reconocimos en alguna marcha por los derechos humanos, y la sorpresa nos enredó las voces hasta el final de la noche.

Nos largaron a los dos juntos, estoy seguro. Te reconocí la voz. ¿Acaso no pediste permiso para moverte? ¡Qué ocurrencia! Cuando te lo dieron me animé y también yo empecé a moverme, sin que se notara mucho. Yo estaba muy atento a las voces para detectar si estaba Gerardo. Caímos juntos.

No hablé de la desaparición de Gerardo por miedo. Un miedo que al principio eran vómitos cada noche, y pesadillas, y miedo a las pesadillas. Tu hermano también tenía miedo, y por eso vino esa vez a dormir a casa. Le dije que era más seguro dormir en el ómnibus, ida y vuelta a La Plata o a Rosario. Pero eso le daba más miedo. No quería estar solo. Nos fuimos caminando a mi casa, y así se sintió mejor.

-¡Abrió la puerta, pibe!- me gritan, como si necesitaran que uno les abra. Tu hermano dormía en la otra pieza y no iba a tener tiempo de escaparse. Titubeé, me hice el que no sabía dónde había puesto la llave, que estaba en la cerradura. Hasta que al final me di cuenta que Gerardo tampoco conocía la casa como para escapar, entonces abrí.

No todos los días uno abre la puerta para que entre un ciclón desmantele cuatro habitaciones y destroce el pasado y arranque las manecillas del reloj. No todos los días se quiebran los espejos y se deshilachan los trajes. No todos los días uno trata de escapar cuando el reloj se movió la puerta torció la ventana trabó y uno está acorralado por minutos que no corren. Los segundos que podrían salvarlo han desaparecido. No todos los días uno tropieza y cae con manos en la espalda atrapadas por voces que emergen del remolino mientras el tiempo trastocado

lanza al aire retazos de vida cotidiana.

Uno se marea por la arritmia macabra y se olvida de sí mismo entre sillas dadas vuelta cajones vacíos valijas abiertas colores cancelados mapas destrozados carreteras inacabadas y uno siente que las voces han dejado su clave y repiten: -¡Asique te querías escapar, pendejo! y una boca enorme se abre y lo devora.

¿Fue así, Gerardo?

A los dos nos tiran al suelo y después contra la pared para pegarnos. Nos suben a un coche y enfilan hacia el centro. En unos veinte minutos llegamos al chupadero. Ahí nos separan.

Te separás, papá, de tu antiguo yo. Uno se cansa de tanto jugar al superhombre, de ese arduo trabajo de ser siempre razonable, ecuánime. El rey de la selva se agota de su papel y se esconde. Se resigna, renuncia a todo anhelo posible: una forma de rodear la desesperación sin chocar con ella. Cuando la pena es más agobiante, el hilo de la angustia se corta y acomete una calma total que se parece a la indiferencia. Al rey de la selva se lo ve calmo, pero no de serenidad sino de tristeza, que le devora la voluntad. Cerrás los postigos de tu vida por no habituarte a convivir con la ausencia. No querés que te cuente lo que supe de Gerardo. -Está muerto, eso es todo- me interrumpís. No querés más detalles.

... los detalles. Es lo primero que se le aparece a la memoria, y lo primero que parece que hay que olvidar. Es lo que parece insoportable y es lo que aparenta definir la diferencia. Los detalles.

Heidegger y los judíos, Alejandro Kaufman (prólogo)

Ya que querés más detalles: después lo veo en la leonera, un lugar donde te tienen como a animales, como indica su nombre... Nos dejan juntos por un rato. No sé si para escucharnos o por equivocación. Apenas nos bajamos un poco el tabique y cruzamos unas pocas palabras: que no dijo nada de mí, que no hablé de él. Pero me dice que había cantado. Vos sabés, a los judíos se la daban con todo. Después, unos guardias se dan cuenta que nos conocemos y lo sacan.

En Jerusalén

Que me saquen de estos cincuenta grados centígrados a la sombra: es mi único, ferviente, ardoroso, inútil deseo. No hay agua fría, apenas unos vasitos de agua caliente, color café.

-Todá- le digo, gracias. Me invaden cataratas de sudor después del primer sorbo. - Lejáim- me dice, salud. El hombre sigue hurgando la arena, revisando entre los granos como quien revuelve el ropero de su abuela. Sus antepasados vivieron aquí, su tacto entiende. Los beduinos no necesitan medir, ni estudiar. Saben lo que hicieron, dónde, cómo, cuándo y para qué. Nosotros apenas tratamos de robarles, decentemente, su saber.

Amasan la pita, ese pan fino con aroma a ceniza. Abrimos un par de latas de conservas: arvejas al natural y sardinas en aceite, nuestras precarias maravillas. Nos orientan en el laberinto de piedras y muros que van desenterrando con pocos instrumentos y muchas yemas. En el reino del viento caliente y áspero, el jamsim, la arena se convirtió en reloj, la propiedad de la tierra es un sueño de trasnochados, el signo pesos no existe. Estamos perdidos a pesar y por nuestras

máquinas y nuestra razón. El universo es este horizonte de dunas opacas y oasis verdes que suben hasta el sol.

Lo que me impresionaba era esa luz verdosa clara, día y noche. Siempre la misma porque era una luz artificial, que provenía como del techo y no la podías apagar, prender, nada. Entonces te daba una sensación como si estuvieras fuera del tiempo, metido en ese lugar, siempre igual. Una celda escondida del mundo.

Este exilio de mi

Una celda escondida entre aroma de pinos y granito, a la que llamás tu leonera. Ocultás tu dudosa identidad en esa casa donde las horas son pisadas que entran y salen, suben y bajan, vuelven a entrar. Las impasibles escaleras que auscultan la roca dan a tu ventana, y te pasás los días mirándolas entre pitada y pitada de la pipa que le robaste a tu antiguo yo. A ese no tuve el gusto de conocerlo, sólo me crucé con el Andrés resucitado. Al otro lo dejaste allá, en La Plata, junto con sus documentos y sus planes, el día que un mensaje fugaz salido de otra celda te puso en marcha. Había que borrarse. En Jerusalén encarnás un personaje de tus cuentos: el que se esconde detrás de una enorme pelusa de su cuarto para protegerse del mundo. Te metés en tu estuche, la silla de madera a la Van Gogh, pero en vez de asomarte a la ventana con tu pincel te empacás en mirar sólo hacia adentro, por alguna cerradura invisible.

Te busco un mediodía. No voy de visita, sino como vine al mundo: para quedarme. Abrir tu puerta es abrir la tapa de un libro que intriga por sus letras anacrónicas, por sus bordes raídos, como si el tiempo hubiese querido pegarse a las hojas. Una voz familiar nos interpela desde tus paredes y exige definiciones. Vivís el texto de una Argentina agotada desde el setentiseis, y ya han pasado un par de años. En tu libro pululan barbudos y pelos largos arrojados a desafíos existenciales, enfrentando y asumiendo su compromiso.

Te doy una lección de compromiso instalándome en el centro mismo de tu prosa. De las paredes salen voces con las que tapamos el ruido de la radio, la televisión, la calle.

El mundo es una pared: no sé si de acero liso y mondo o de cemento mondo y liso.

El exilio es como los hijos, una vez parido, crece hasta que uno se muera.

El exilio es una vaca que da leche negra.

Mi época parece hecha de pocas horas.

He llegado temprano a este exilio de mí.

Un bombardeo de lengua y cultura nos acosa y jugamos a nuestra resistencia inocua, oponiéndole frases a una realidad de artillería. Le bajamos el volumen pero no hay caso: siguen sonando los ruidos locales para recordarnos que estamos de más. Acá también. Un par de intelectuales iletrados, Andrés y Nora, soldados desarmados en un campo de batalla ajeno.

¿Hicieron algo?

Te exiliás, papá, en el departamento y no venís con mami a Israel. “No se hagan problema por mí”, escribís, pero sabemos que te quedás solo por esquivar el mundo, aunque disimules con maestría tu gesto de avestruz.

12 de diciembre de 1978

Queridas mías:

Les adelanto que durante vuestra ausencia me divertiré de lo lindo. Pienso recorrer el barrio sur para admirar lo típico de su miseria, nadar en las aguas envenenadas del Río de la Plata, respirar el aire con humo de churrascos en los bosques de Ezeiza, y saludar al Año Nuevo rodeado de mosquitos. No sean envidiosas. Ya les tocará ustedes.

PD: ¿Hicieron algo por el libro de física?

El libro es Gerardo. Sí, sí. Hablamos en la Knesset, el Congreso. Golpeamos puertas. Pero hay ciertas reglas del tres que uno no sabe cómo resolver: si Israel le vende miles de armas a la Argentina, y si a un desaparecido lo puede matar un arma, ¿cuántas armas israelíes son necesarias para poder matar a miles de desaparecidos? Miles, a mi juicio.

A mi juicio los judíos del establishment fueron muy blandos y silenciosos. Con respecto a los presos indagaban, pero con respecto a los desaparecidos, lo hacían con una timidez que a los militares les venía al pelo. Recuerdo que en una asamblea que se hizo en la AMIA, con madres de la colectividad, ellos decían que nosotras éramos injustas, que ellos buscaban a los desaparecidos. Y una madre les dijo: -Es el momento de gritar, de exigir, no de actuar de modo tan silencioso, tan prudente, tan juicioso.

A mi juicio

Cuatro juicios perdidos, cuatro muelas, adiós juventud. Espero el visto bueno de la enfermera, desfilando junto a la hilera de víctimas para conseguir la última bendición, el visto bueno que me garantice el pase a retiro de este laberinto de dolores, gasas y sangre. Cientos de bocas lastimosas imploran misericordia. Acepto esta escena final con mansa indiferencia, cansada ya de rebelarme frente a un rito canonizado por nuestra sociedad: las extracciones de muelas.

Todo empieza de la manera más normal. Un guardapolvo blanco se me acerca con su sonrisa de dentífrico Odol.

-Slijá giveret ¿me permite?

Encantada por los modales del médico, ubico el marcador en la página cuatro de El Proceso para seguirlo, humildemente, hasta ese sillón cuya sola presencia me transforma en carne de cañón.

Me pide que abra la boca. Obedezco. Maxilar inferior hacia abajo, cabeza hacia arriba, sin moverse. En ese momento la enfermera le empieza a hablar. No le entiendo el hebreo, pero no me cabe duda que habla por lo menos dos páginas a un espacio. Y mi boca no está abierta por asombro.

Por fin el doctor irrumpe en mi intimidad con sus pinzas, tijeras y miradas de erudito. Le deleitan mis muelas, cultivadas pacientemente desde mi más tierna adolescencia. Arranca la

primera. Mi cuerpo mudo, espectador de su propia agonía, no tiene fuerzas para reaccionar. Por lo menos el dolor, corriente que invade las encías hasta sus últimos límites, me distrae de la cara del cirujano, que con su destilada sonrisa me avisa que estamos llegando. A dónde, quisiera saber. El instinto me responde con ritmo de zamba: *¡y se vá la segunda!* Un pinchazo en el paladar me lo confirma. Lo bueno es que uno se acostumbra a sufrir, por eso cobro valor: estoy dispuesta a saldar la cuenta al contado y seguir hasta la cuarta muela de juicio de un saque. Justo entonces el verdugo se apiada de mí:

-Maspik, suficiente por hoy.

Cierra el capítulo con mis quejas a pie de página. No hay opción ni para suplicios voluntarios. La enfermera me revisa mientras cientos de dentaduras se abren y cierran, en fila, devorando el perdón administrativo. No tiene la culpa que la mire con odio retroactivo. Lo arrastro desde mi internación involuntaria en la enfermería del Club, y a veces se me superponen las geografías. Salgo a la calle. Por la vereda siento avanzar la hinchazón de las mejillas mientras los ojos de los transeúntes me despojan del poco orgullo que me queda. Desfilo ante ellos con mi mueca a la intemperie.

El que no se escondió se embroma

Qué feas tus muecas, Gerardo, cuando te plantás delante de mí en el dormitorio: una mano estira la mejilla, la otra empina la nariz, la lengua sale de su cueva y vociferás la condena:

-¡El que no se escondióoooo se embromaaaaaaa!

Se escondieron todos los que podrían identificarte, y me ebromé, Gerardo. ¿De qué me sirve salir con tu foto para mostrarla ¿a quién? ¿quién puede regalarme un gesto, una palabra, una nueva imagen tuya? ¿quién puede curarme de esta incógnita que arrastro por el calendario? ¿al mar? ¿fusilado? ¿al río? Dijo alguien que te trasladaron a la Escuela de Mecánica de la Armada. ¿Será cierto? Cada vez que vuelvo a la Argentina trato de rellenar la incertidumbre escribiendo en mi cuadernito, como hacía mamá.

¿Cómo me decidí hoy, precisamente, a sentarme y volcar pensamientos en este cuadernito inconcluso, en parte escrito con fórmulas algebraicas que nunca entendí y que no llegaré a entender jamás? Por estar escritas por mi hijo, al cual quién sabe cuándo y cómo lo volveré a ver, si estaré o no cuando salga, si es que sale. En fin, en este día justamente en el que entró en sus 29 años de vida, si vive, me encuentro demasiado desesperada para salir o para decirlo.

Por eso tomé este cuaderno, que por ser de quien es me acerca un poco a él. Pienso que si un día llegara a verlo, desearía poder decirle todo esto personalmente. Si no se diera así, quiero al menos que sepa lo que nos ha faltado. No quiero hablar de nuestro sufrimiento, él debe haber sufrido mucho más. Y si en algún momento pudo pensar, habrá sufrido pensando en nuestra pena, pues sabía que ignorábamos qué pudo haberle sucedido. Tal vez las veces que soñamos con él fue a raíz de su pensamiento, tan concentrado en nosotros.

Sé que él no querría que en su día yo estuviera encerrada sufriendo. Que me perdone por no hacerle caso. No puedo evitar la sucesión de recuerdos y remordimientos por actitudes mías que generaban situaciones negativas entre nosotros.

Hoy es un día soleado, muy caluroso; cerré las persianas y prendí la luz de la lámpara. Me molesta el día de hoy. ¡Si hubiera estado nublado! Pero no, no se puede elegir.

¿Dónde estarás? ¿Sabrás que hoy fue el día de tu nacimiento hace 28 años? ¿Tendrás noticia de ello? ¿Qué pensamientos, recuerdos, imágenes, pasarán hoy por tu mente? ¿Habrás podido hacer un balance de tu existencia hasta el momento en que dejaste de pertenecer al universo de personas que andan por la vida de un lado para otro, sin pensar que justo eso se puede terminar, que sucede algo casual y ya no somos más?

Es terrible no saber qué pudo haber sucedido con un ser; más aún si ese

ser es querido; es lo más terrible, es peor que la muerte. Ahí tenés la certeza, aquí la duda permanente. No te da descanso, ni paz. Vivís, hablás, comés, andás, pero no sos; estás vacío pues te falta saber lo que pasó y te falta la presencia de ese ser. Están sus objetos, sus libros, sus letras, su ropa, pero él no.

Sólo el que lo vive puede saberlo, no es lo mismo imaginarlo. A veces es tal el vacío que no sé cómo llego al fin del día habiendo hecho cosas, andando por las calles, conversando con la gente, llevando lo que se llamaría una vida normal. Todo eso es exterior, adentro está el vacío. ¿Cómo se cura? ¡Sólo con tu vuelta! Y eso ¿cuándo podrá ser? No hay respuesta.

Es tremendo comprobar que somos números anónimos, que no contamos para nadie. Desaparecemos, nuestro lugar se rellena y el mundo sigue andando. Espero que esto no dure mucho tiempo así. Mataría a muchos padres.

Versátiles terrenos

Después de matar a miles en la ESMA usan el fondo como campo de deportes. El transformacionismo autóctono no tiene límites; pero tampoco lo tiene la curiosidad de una periodista extranjera, multiplicada por la mía. Kerrie, que trabaja para la radio canadiense, me pide ayuda para preparar un programa dedicado a las Madres.

La idea es entrevistar a alumnos de colegios privados que hoy juegan a la pelota en estas canchas: versátiles terrenos que hace menos de veinte años albergaran salas de tortura. Trataremos de averiguar cómo se sienten estos jóvenes metiendo goles en medio de los ecos de desaparecidos de su misma edad.

Yo estudiaba en Exactas y tu hermano a veces venía a jugar al fútbol con un grupo que se reunía en las canchas cerca de la facultad de Arquitectura. Ese era el momento de encuentro más frecuente. Jugaba de arquero. Me parecía una persona de muy buena fe, quizás un poco cándido,

un buen chico sin lugar a dudas. Cuando leí el testimonio sobre Gerardo en el Nunca Más me puso la piel de gallina. Una pena enorme que haya caído en las garras de esa gente.

Esta gente tiene derecho a ofrecerles sus canchas a quienes se les antoje, y como estamos en democracia nosotras también tenemos derecho a hacerles preguntas a quienes se nos antoje, dentro o fuera de la ESMA.

El campo dentro de la Escuela Mecánica de la Armada empezó a funcionar durante el proceso que llevó al golpe de 1976...

El campo funcionó en el casino de los oficiales, un edificio de tres plantas con un subsuelo y un ático inmenso. Los oficiales dormían en las dos primeras plantas; en el subsuelo los torturadores se dedicaban a su tarea; en la tercera planta y en el ático, los prisioneros aguardaban su destino.

Dossier Secreto

Para llegar a destino le pedimos direcciones a los vecinos, que son pocos. Sobre todo, chicos jugando a la pelota en otros potreros de la zona.

-Por ahí, del otro lado del puente- nos indican.

Bajo el puente la colgaron, con esa cuerda. Mirá esta foto de mi hija, mirá la venda sobre los ojos. Este es un documento tremendo que ellos no pueden negar. Tengo la pollera de este saco. La pollera la tengo yo. Mis fotos son evidencias que los van a fundir. Y fijate la burla final, el letrero que le ponen después que la descuelgan. ¿Hay derecho? La tuvieron ahí, como un día exhibiendo el cuerpo tirado en el piso, con ese cartel. Yo fui montonera. Y la gente

pasaba junto al cuerpo, junto al cartel, y seguía caminando.

Caminamos entre senderos de tierra que bordean el edificio por donde no hay guardias. Nos muestran que el sendero se hace calle y desemboca en el cerco de atrás de la ESMA. En esas inmensidades sólo nos acompaña el sonido de nuestros pasos.

¿Qué comisaría?

Papá: oigo tus pasos tenues interrumpir el mutismo del pasillo. Pasos aéreos, de esos que se asoman a precipicios, de esos que se paran justo antes de ceder a la tentadora inmensidad que duerme bajo sus pies. Tu voz se resiste a modularse, sale áspera, oxidada.

-Estuve en la comisaría- tratás de decir.

Son manos anudadas, dedos tensos revolviendo escombros los que hablan.

-Les dije que estuviste desaparecida em el setenta y siete, y que por eso estaba muy preocupado, porque esta noche te esperaba y no volvías.

Tu tono es ahora un hilo que no se sabe si atraviesa estómago o infinito.

-Abrieron un prontuario con tu nombre. Dicen que lo van a cerrar cuando aparezcas.

Tenés que ir.

Ahora las manos se separan y corren paralelas, abren el espacio para conseguir más aire.

¿Cómo hacer para abrazarte, para sacarte de encima ese miedo enorme, ese monstruo de terror que te aplasta los pulmones, que te hace patético, indefenso? ¿Cómo hacerlo si a mí

también me asfixia, me aplasta el cuerpo, me hace deforme? Apenas tengo un par de cuerdas vocales para ordenarte que me acompañes. Entrar a una comisaría: meterme entre los dientes de este animal salvaje que nos acosa. No puedo pensar. Pisar ese mosaico, aunque digan que es otro, oler ese olor, aunque sea otro, escuchar esas voces y ese tecleo. Son los mismos.

Nos metemos juntos. Una vez adentro, los ojos recorren un plano unidimensional, abstracto. No siento nada.

Los guardias en la puerta de entrada, el patio empedrado, la sala de paredes descascaradas, el olor, ese olor azul. El mostrador para la confesión, las explicaciones, el número, la firma. Firmamos.

No sé de qué comisaría salís. Los pasos cortos, el brazo plegado para que lo tome con la mano. Yo salgo de la mía, una madrugada de invierno. Vos de la tuya, una mañana helada de julio, solo porque nadie te acompaña a denunciar los dos secuestros. Salís de una comisaría con estufas a kerosén que no logra entibiar la indiferencia burocrática. Salís de otra, con ventiladores ruidosos que no logran refrescar la empedernida indiferencia pegoteada de las paredes, a la piel de policías que teclean la información una y otra vez, sabiendo que vos sabés que ellos saben lo que dicen no saber. Las estaciones del habeas corpus: entrar con él y salir con las manos vacías. Ojalá pudieras gritar, pero vas mudo, encorvado. Una sombra lastimada te cuelga del cuerpo y no sé cómo curarle la herida. Te tomo el brazo en la oscuridad, aquella noche en que nos decimos el silencio.

Lo inesperado

Repito sin mirar la página: “El silencio encierra la imposibilidad de decir eso, el horror, lo terrible”. Las palabras saltan de la página para escurrirse por la ventanilla y encarnarse en la fachada de un edificio de mi pasado. No tendría que sorprenderme, lo extraordinario puede mirarnos desde cualquier ventanilla. Frente a mí se planta el azar, o más bien lo inesperado, y el efecto esperado se produce: no lo puedo creer.

Tantos años de silencio y todavía las mismas geografías, las mismas obsesiones. El colectivo pasa frente al portón de MI comisaría. Destino o azar, lo mismo da: decido bajar. A mitad de cuadra, la típica hilera de patrulleros. Son viejos, pueden tener más de quince años. Un coche retrocede para estacionar y el freno me remonta dieciseis años atrás, a la madrugada de julio en que me largaron, mi camisa de algodón, sus uniformes de invierno, mis bolsillos vacíos, sus armas. Salimos del auto y entramos por la puerta principal. Recién noto la fachada: dos murales de Quinquela Martín, con imponentes barcos y trabajadores portuarios. Quinquela no pintaba policías. Allá estarían el teléfono y la mano marcando mi número. La forma de mi pasado.

El guardia no le dice nada a esta señora curiosa que se asoma a su lugar de trabajo: mosaicos terracota, azulejos, colores primarios, paredes claras. Aquella noche de julio de 1977 las mismas paredes escucharían un llamado del Club Atlético:

-Largamos chupados, che.

Esto no es una de cowboys

-¡Mirá, che!

Como en las películas, en ese preciso momento un camión del ejército pasa delante de nuestras inocentes narices. Está a punto de entrar. Una de las heroínas corre a preguntarle, con su mejor sonrisa, si se puede pasar, y ábrete sésamo.

Que abran las barreras/para que pase la farolera/ de la puerta en sol...

Las dos están del otro lado del cerco, textualmente adentro de la ESMA, mirando atónitas cómo este señor se baja del camión para cerrar el candado del portón. Cierran las barreras.

-Abren las cartas- me dice papá.

Por eso nuestra correspondencia era siempre en clave.

-Y hasta te avisan que lo hacen: al leerlas estampan el sello del Ministerio del Interior sobre el nombre del remitente, para dejar bien claro quién es dueño de la intimidad en este país. Las cartas del gobierno, en cambio, llegan siempre herméticamente cerradas.

10 de julio de 1979

Querida Nora:

Son tan herméticos los términos de las respuestas oficiales, que uno termina recurriendo a cualquier método con tal de encontrar una palabra de ánimo. ¿Vos creés en la parapsicología? Le mandamos un cheque a uno de esos visionarios. Nos respondió que el libro está. Nosotros no creemos, pero tampoco podemos dejar de preguntar. ¿Cómo saber la verdad?

-La verdad es que de acá hay que salir por la puerta principal- digo como quien mide a ciencia cierta los metros que le quedan de libertad.

-No te preocupes, si queremos salir, saltamos la verja.

-¡Estas loca de remate, acá no saltamos ninguna verja! Esto no es una de cowboys, Kerrie, ¡date cuenta que nos faltan por lo menos dos caballos!

Mientras lo digo casi me confundo y creo que entramos, de verdad, en una película.

¿Qué hacer?

La actriz argentina se prepara para filmar. En la solapa, disimulado bajo un pañuelo tiene un micrófono. La intención: grabar lo que siente en el lugar adonde presuntamente fue trasladado su hermano. ¿Sentir? ¡Los actores siguen un guión, no se les pide que improvisen! No puedo pensar. De la muerte no se habla. La muerte se muere. Es otoño. El sol se posa en las hojas y las empuja entre los álamos. Caen, una tras otra, al ritmo de trinos amarillos.

El campo de concentración que se instaló en la Escuela de Mecánica de la Armada ... comenzó a funcionar con los aprestos mismos para el golpe de estado de marzo de 1976, y aunque con diversos campos políticos y distintos estilos represivos, se clausuró recién en noviembre de 1983, apenas días antes que asumiera el gobierno constitucional. En esos 92 meses de furor genocida se estima que pasaron por la ESMA alrededor de 5000 detenidos-desaparecidos, por lo que ... ostenta el degradante privilegio de ser uno de los mayores centros clandestinos de tortura y reclusión ilegal que tuvo la dictadura militar. Paoletti, *Como los nazis, como en Vietnam*

lugar de los hechos, donde se le hacen grumos de espanto a la vida. El lugar de los hechos: un giro elegante para como la acción. Hurgo en la tierra para encontrar sus caras. Barro espeso, siluetas, miles de cuerpos diluídos en la

erpos moviéndose casi a ciegas en la noche. Llovía torrencialmente y el campamento estaba a oscuras, pero había el mástil. Eso era parte del entrenamiento militar de nuestra célula. Los que se quedaban tenían que defender. A mí me: nos lanzamos, después de varios revolcones, a través de la cocina, con gran estrépito. Fue muy fácil porque los habían dejado una guardia y los demás se habían ido a dormir. El entrenamiento militar todo esto parecía un partido de fútbol.

GOOOOOOOOOOOLLLLLLLLLL

Al fondo, un partido de fútbol. Vida o muerte por la pelota que salta de uno a otro pie. No hay dónde ni cómo espiar el pasado vencido. Un ¡GOOOLL! atraviesa el campo de deportes.

-Se dijo que el campo de deportes estaba sembrado de cadáveres de guerrilleros y eso es un error. Podía haber ocurrido que se cremara eventualmente el cadáver de algún herido que no soportó y se murió.

-¿De qué manera?

-Se lo quemaba... Pero fueron muy pocos...

-¿Había algún lugar especial para eso?

-No, no. Atrás. Pero eran casos muy raros.

-¿Tenían alguna instalación especial?

-No, nunca hubo nada raro. Es más, siempre estuvo en uso el campo de deportes. Nunca se clausuró.

-¿Quemaban un cuerpo y después jugaban al fútbol en el campo de deportes?

-Nooooooo. Ese campo de deportes es muy grande, de tierras ganadas al río. La última parte es prácticamente inaccesible, no está en uso. Era al fondo de todo, junto al río.

El Vuelo, Verbitsky

(declaraciones de Scilingo, 1995)

Nos acercamos al fondo, junto al río. Uso el acento gringo a modo de disfraz. Otra vez en la pantalla, sin libreto.

-¿Nou se sienten ustedes reros en jugar equí, en un lugarh coumo esto?

Me temo que nos confunden con extraterrestres.

-¿Qué quiere decir?

-Bueno, acáh dicen quei torturharhon ghentes...- me ayuda Kerrie.

-Ah, no sé. No sabemos nada de eso. Si quieren preguntar algo pueden ir a esa casa, ahí están los profesores.

-Pero Larry, la ESMA es una escuela ¿realmente crees que ahí torturamos?
El Almirante Massera a Larry Burns

Ese edificio tiene la particularidad de ser una escuela... y tiene otra particularidad, la de esgrimir la palabra mecánica. Es como si ciertos edificios estuvieran predestinados a la función que trágicamente alguna vez van a cumplir.
Horacio Gonzalez

profesores! Tarde para arrepentirse. No podemos desandar el césped, saltar el portón, volver al sendero, rebobinar el finitivamente de cowboys. Los ojos abiertos, los sentidos atentos y una bola de miedo que se agranda, sube del rrasa con el presente y se atora entre la garganta y el asco. Golpeamos la puerta.

Fantasmas

me decís, a secas.

No quisiste ni siquiera ir a buscarme al aeropuerto, papá, aunque hace tres años que no me ves. El tiempo que pasó se te nota, papá. No das el salto del corredor a la plaza que al meterte en la historia te salve del vacío, ni podés darle forma al dolor con las manos, tan inseguras que ni se atreven a salirse de los bolsillos. Solo con tus recuerdos, te

acostumbrás a rumiar ese fracaso que te ponés de sobretodo en tu vejez. Recorrés habitación tras habitación como quien visita un departamento en alquiler. Te estás despegando la vida. -El mundo nos deja mucho antes de que nos vayamos para siempre- te gusta citar, quizás a modo de advertencia. Las persecuciones siguen trabajándote a domicilio. Deambulás por tus miedos, las manos atrás, balanceando una cabeza a punto de desbordar su contenido amargo, en ebullición. Llevás un gran fardo en la espalda y te preocupa. El peso te hace cruzar el pasillo en más tiempo del que tardarías en contar tu vida.

Cruzamos la entrada del edificio ante la sorpresa de un teniente y un profesor gozando de su merecido descanso. Parecen estar solos, pero las paredes están pobladas de fantasmas.

A los fantasmas no se los puede indemnizar, eso cae de maduro y a nadie se le podría ocurrir cuestionarlo. Lo que pongo en duda es que realmente yo haya sido un fantasma. Sin embargo, las planillas saben más que uno en este y otros sentidos que se me escapan.

Los presos políticos pueden reclamar, de acuerdo a una nueva disposición del gobierno de turno, un monto de dinero en relación a los días transcurridos entre rejas. Ellos estuvieron a disposición del Poder Ejecutivo, pero los que no estuvimos ni presos ni a disposición de nadie, sino más bien todo lo contrario, lógicamente no constamos en los archivos y por ende no existimos, que es lo que queríamos demostrar.

A los ex-presos les toman declaración en la Secretaría de Derechos Humanos a los efectos de llenar el correspondiente formulario. A los ex-desaparecidos no les toman declaración porque no hay nada que llenar en el formulario, ya que por el párrafo anterior queda demostrado que los desaparecidos no existen.

SOLICITUD DE BENEFICIO LEY 24.043

Lugar y fecha.....

A LA DIRECCION NACIONAL DE DERECHOS HUMANOS DEL MINISTERIO DEL INTERIOR

El/la que suscribe la presente solicita los beneficios provistos por la ley 24.043.

BENEFICIARIO:

NOMBRES, APELLIDO:.....
DOCUMENTO DE IDENTIDAD.: Tipo:..... Nro:.....
DOMICILIO REAL:.....
Localidad:..... Pcia:..... Cod. Postal:.....

DISPOSICION DEL PEN:

Fecha de inicio.....Decreto Nro.....

Fecha de cece.....Decreto Nro.....

CASOS DE CIVILES DETENIDOS POR TRIBUNALES MILITARES:

Fecha de arresto:..... Lugar

Fecha de libertad..... Tribunal que intervino.....

Medios de prueba:.....

EN CASO DE ARRESTO EFECTIVO PREVIO AL DECRETO PEN O SIN ORDEN JUDICIAL

Fecha de arresto efectivo.....

Medios de prueba:.....

DECLARACION JURADA: Declaro bajo juramento que los datos consignados son ciertos y que no he recibido indemnización alguna en virtud de sentencia judicial con motivo de los hechos que contempla la ley 24043.

Firma de beneficiario o apoderado

Aclaración de firma

Me toca aclararle al teniente qué hacemos en este lugar. Mi supuesto acento extranjero se me atraganta entre los cables y el grabador, que me enredan la lengua.

Se les congeló la lengua a mis nietos cuando llegamos a los Estados Unidos. Eso fue un circo. Los hijos de nuestros hijos desaparecidos habían sido aceptados en una escuela de Nueva York. Para lograr que los inscriban los tíos, que se iban a hacer cargo de ellos, declararon que los chicos hablaban inglés. Pero no hablaban ni medio el inglés. Cuando llego ahí con los tres, y les preguntan el nombre y la edad, los pibes se quedan helados. Yo tenía miedo que nos mandaran de vuelta, y le decía al de inmigración: -Y bueno, tienen un inglés básico- y me contestaba: -Sí, bastante básico, señora. A todo esto ya se había ido todo el mundo y estaba yo ahí con los tres, preguntándome qué hacer.

Me pregunto qué vamos a hacer en este escenario al que estamos entrando. Al fondo, desde la mesa de roble que abarca medio cuarto, bajo unas ventanas tan altas que no dan a ningún lado, un civil nos mira de reojo. Hay

banderines en las paredes, un teléfono y sillones cómodos. El contraste entre lo acogedor del lugar y lo que sé de su historia me despierta la imperiosa necesidad de mear. Mientras Kerrie se presenta, pido pasar. Al fondo a la izquierda. Un baño minúsculo, con una banderola de vidrios opacos y un inodoro que por suerte funciona.

El inodoro del bañito chico no funciona.

No cerrar la ventana de la cocina: está trabada.

No apoyarse en el borde de la bañera: los azulejos están flojos.

La puerta de atrás no se puede abrir: la cerradura está rota.

No usar el lavarropas: pierde agua.

No dejar prendidas varias luces a la vez: se saltan los tapones.

Antes que instale los bultos en mi pieza predilecta, la de Gerardo, me entregás una hojita escrita con letra cuidadosa, manuscrita. La síntesis de tu nuevo capítulo de filosofía humanística, adivino, el nuevo producto de tus largas horas de meditación. ¡No me esperaba tal ceremonia de recepción! Te lo agradezco antes de mirarlo. Me acerco a la ventana, abro la banderola para que entre luz, y leo la lista. Un cuadro detallado del deterioro que, anónimo y devastador, le va ganando terreno a tu presente.

¿Te olvidaste que sos arquitecto? No, esos males ya no se pueden reparar en tu mundo. La destrucción lo abarca todo y hay que caminar con sumo cuidado para no abolir el precario balance del edificio. ¿Balance? Ya no hay vigas, ni pilares, ni columnas que sostengan nada. Tu vida flota en una incertidumbre que choca con más y más dudas, con problemas que se multiplican en serie, pero no una serie infinita. Se trata más bien de una reacción en cadena que estalla al final. Me agoto sugiriendo métodos concretos para solucionar cada eslabón: vendamos el departamento, llamá al plomero, hagamos una nueva llave. No hay llave que engarce en tu cerradura. Y sigo sin ver que es eso, justamente, lo que te pasa. Me irrita porque no colaborás. A la angustia la visto de enojo. Me enoja mi enojo. Salgo a

buscarle espantapájaros a la ira y te dejo solo.

Estoy sola en el bañito, no veo cámaras por ninguna parte. Quisiera tirar por el inodoro el lujo electrónico que cargo, pero me conformo con guardarlo en el fondo del bolso. Me meto la cédula en la bombacha, no se me ocurre lugar más seguro para esconder mi identidad.

Escondiste tus señas de identidad para protegerte, y ya no la encontrás. Hace tres años que no está mamá, y se te nota su ausencia. Estás tan abandonado a tu suerte como el escritorio, tan opaco como el velador. Tratás de sonreír, pero los músculos no te hacen caso. Me llevás a recorrer las habitaciones: las cosas son las mismas pero les sobra una dimensión de tiempo agobiante. El esfuerzo que hago por esquivar la angustia me pone nerviosa.

No sé qué hacer con los nervios, que entran en inevitable cortocircuito cuando escucho, al volver del baño:

-Ella está escribiendou un librou.

Nunca Más

Los libros me ayudan a asesinar tiempos y ansiedades, especialmente cuando hago cola. En la Secretaría de Derechos Humanos abro *El río sin orillas*, de Saer. Los ojos del barbudo que espera delante mío se posan en el título. ¿Le interesará? Estoy por explicarle que se trata de ese río tan mentiroso, el de la Plata, nuestro mar supuestamente dulce.

Una crónica de ese río en realidad tan amargo, poblado por una multitud estridente de cadáveres flotantes. La charla de tres secretarias que mastican galletitas al compás de los chismes del día puede más que mis intenciones docentes.

Los minutos se estiran tanto que están por quebrarse, entonces le pregunto a mi vecino si alguna de esas mujeres es la encargada de atención al público. Me responde que en la otra sala toman declaraciones y que hay una sola persona

cumpliendo esa tarea. -¡Pero yo no vengo a dar ninguna declaración, sino a preguntar algo! Me recomienda que vuelva a insistir, de lo contrario puedo pasar ahí toda la tarde. Una mujer sale de dar su testimonio, los ojos llorosos. Es una ex-presa política que está iniciando el trámite para recibir indemnización del gobierno.

Yo apenas vine a ratificar que no aparezco en las listas de la gente que estuvo a disposición del Ejecutivo, y que está autorizada a reclamar. En cuanto me acerco, la secretaria me hace pasar junto con el barbudo. Antes de sentarme le explico mi caso y le deletreo mi apellido. Mientras revisa su bibliorato lleno de nombres, el tipo se da media vuelta y me mira:

-¿Tu testimonio salió en el *Nunca Más*?

Nunca me sentí más tristemente famosa.

-Sí- balbuceo, confundida por esta pregunta que invalida las fértiles pruebas de mi inexistencia. Acto seguido salta mi curiosidad, más empedernida que la duda teológica:

-¿Lo leíste?

Su golpe mortal no se deja esperar.

-Yo transcribí tu testimonio ¿Te llamas Noemí?

-Nora. Noemí es la otra que aparece en la misma página. ¡Qué memoria! ¿Escribiste todo?

-No, sólo algunas partes.

-¡Qué casualidad!- repito, como atontada, mientras me da la mano.

Apenas atino a tomársela, y a mirarlo como a un viejo amigo al que apenas reconozco después de años. Mareada por el impacto de este azaroso testigo que corrobora abruptamente mi existencia, me retiro de la oficina. Cuando estoy a punto de cerrar la enorme puerta con banderolas y cortinas descoloridas, una duda nada metódica me paraliza: ¿oiré mis pasos al retirarme?

Interrogatorio

Doy unos pasos firmes entre el baño y la sala, con la esperanza de llamarle la atención a Kerrie e interrumpirle el discurso. Su cruzada justiciera no cesa: la verdad, sólo la verdad, nada más que la verdad. Y les habla de su programa radial sobre las Madres de Plaza de Mayo. ¡Trágame, tierra, trágame ya! El oficial hace un llamado telefónico y con toda parsimonia nos anuncia desde su tupido y cauteloso bigote:

-Las vienen a buscar para llevarlas hasta la entrada.

Te llevan hasta la salida del mundo, Gerardo, y no me dejan despedirme. *Adiós mundo cruel/ya nunca te veré/ yo diré/ que no te conocí...* ¿te habrás despedido cantando? ¿es cierto que la muerte es azul, es roja, y es silencio?

No nos dieron mucho tiempo para estar juntos, pero estar juntos es un decir. Para la hermana menor la vida exige, por definición, un hermano mayor. Me quedo sin mi premisa, jugando con tu sombra de pantalones cortos tras la pantalla de la nostalgia. Sombra de mirada traviesa que se burla de todo. Hasta te reís como quien canta victoria cuando te operás la rodilla. Pero para qué, si el asma ya es excusa para no hacer la colimba.

¿Estarán haciendo la colimba estos soldaditos de plomo que nos vienen a buscar?

-In-te-rro-ga-to-rio- le susurro a Kerrie.

Me salvé de varios interrogatorios peligrosos gracias a mi sangre fría. Una vez, en el Paley de Corrientes y Boulogne Sur Mer, teníamos un informe que preparábamos con otros compañeros. Estábamos como cinco en esa mesa, tres armados. Teníamos el portafolio con el arma adentro, blindado, con una chapa de acero que servía de

escudo. Y nada más. De pronto entra la policía en patota, bloqueando las dos puertas. El café estaba lleno y empezaron por la puerta más alejada a hacer parar a la gente, revisarla de armas, pedirle documentos. Mesa por mesa, uno por uno, y nosotros ahí, helados mientras el oficial se paseaba. Cuando se arrima a la nuestra, le digo: - Ché, negro, a estos revisámelos hasta los calzoncillos, eh, mirá que son... son de la pesada éstos. El tipo sonrió. Se acercan a la mesa de al lado -DOCUMENTOS- los hacen parar, los palpan de armas, van a la otra, a la de más allá, después a la otra de más allá. Cuando terminan con la última decimos entre dientes ahora vienen para acá. El oficial pasa al lado nuestro, me saluda, me hace la venia, y se va.

Ellos nunca saben

El oficial nos deja en manos de los muchachos. Para calmarme, me concentro en sus trajes de campaña. *Paisaje de Catamarca/con sus distintos tonos de verde...*

Borceguíes, gorras; sobre todo, armas largas. Atravesamos un puente y seguimos por una ciudad en miniatura, impecable, con sus edificios antiguos y sus callecitas empedradas.

El prolijo mantenimiento de los edificios blancos y de las persianas de madera reflejaba la imagen que los hombres de la Armada tenían de sí mismos: la superioridad sobre sus primos mestizos del Ejército. *Dossier Secreto*

Bathurst, dice un cartel.

-Curhioso: nou han cambiadou los nombrhes dispuéis de la Guerha dei las Maulvinas. Kerrie trata de entablar conversación con un soldado que mira al infinito y apunta su perfil hacia el revés de la voz.

Ellos nunca saben ni opinan.

Cuando se empezó a anunciar lo de las Malvinas se armó un revuelo. Todos querían ir a pelear, y de nuestro pabellón sólo dos no estábamos de acuerdo y nos parecía un disparate. Prácticamente todos estaban a favor de la guerra. Creo que ni un diez por ciento de la cárcel tenía claro que no valía la pena la guerra, que era una estupidez tremenda. Para colmo, ponían la televisión y la radio en el pasillo para que los presos escucharan las noticias oficiales. Un periodista arengaba por televisión, diciendo que nuestro país ganaba la guerra. Ante esas noticias, había una euforia tremenda. Nosotros pasábamos por traidores: no sólo no estábamos dispuestos a combatir sino que además los acusábamos de ser una manga de locos dispuestos a desatar una guerra que no se puede ganar nunca. ¡Además de apoyarlo a un militar, a Galtieri! Al final circuló una lista de voluntarios para ir a pelear. Se anotaron muchísimos presos. No llegaron a ir, pero hicieron una propuesta, hicieron reuniones con los jefes del penal, con algunos militares, para decirles que estaban dispuestos a ir al frente. Apoyar a Galtieri se consideraba una contradicción menor, un problema interno de la Argentina. Gran Bretaña era el imperialismo, entonces contra eso podíamos aliarnos. Todos los argentinos contra los ingleses. Hasta que llegaron las noticias de la derrota.

Hoy también es miércoles

Kerrie sigue hablando de las Malvinas, de la derrota, y quién sabe de cuántos temas más. Un monólogo magistral. Mi adrenalina avanza a una velocidad directamente proporcional al cuadrado de la distancia que atravesamos. ¡Borrata, ocre de cuerpos dopados!

-¿Cómo llevaban a las personas dormidas hasta la puerta?

-Entre dos.

-¿Los arrastraban?

-Los levantábamos hasta la puerta.

-Ellos permanecían dormidos.

-Totalmente dormidos. Nadie sufrió absolutamente nada.

.....
-¿Se hacían estudios de en qué lugar...?

-Debían hacerse. Me imagino que sí. Mar adentro.

-¿Qué cantidad de personas calcula que fueron asesinadas de ese modo?

-De 15 a 20 por miércoles.

-¿Durante cuánto tiempo?

-Dos años.

-Dos años, cien miércoles: de 1500 a 200 personas.

-Sí.

Verbitsky, *El Vuelo*

Hoy también es miércoles. Nos hacen caminar unos diez minutos a la intemperie. Es invierno, el frío sube por los pies hacia la espalda, ida y vuelta, ida y vuelta, sin tregua.

Caminás por el cuarto ida y vuelta, Gerardo, como escapándote de vos mismo, pienso ahora que repaso la escena. Y yo como una idiota estudiando mis interminables libros de filosofía. Un despiste total.

Camisa a cuadros medio salida de los vaqueros, cinturón negro. Ni te sacás la campera, tu doble azul marino, que te cubre como un guante. Si no te protege la campera, quién. Mirás por la ventana a ver si te siguen y me pongo nerviosa.

-¿Por qué no te vas, Gerardo? Los de la Sojnut te pueden mandar a Israel, algo es algo.

-Sin registro civil no hay aeropuerto. ¿No ves que Graciela es goi? Para emigrar a Israel hay que casarse, y para casarse hay que tener tiempo.

No tuviste tiempo. Por eso me hago el tiempo de pisar el quizás de tus pasos.

La Costa Dorada

Mis pasos dialogan con fachadas blancas, calles empedradas, faroles, portales, escolleras, techos de teja, balcones con flores. Conozco todo el vocabulario de perfumes y sabores, sin haber estado nunca. Abrimos el portón de *Los seis arcos*. La puerta de tu nueva casa en Cataluña, Andrés, cierra un largo abismo. Abismo que abre el amarillo de tus cartas y que espío desde mis vertiginosos insomnios en Jerusalén. Habías emprendido la retirada del Medio Oriente en cuanto te mencionaron la palabra ejército. El pasaporte israelí tenía su precio, uno demasiado caro por cambiar de piel. ¿Acaso eras vos ese asombro de pelo corto sin barba ni anteojos? ¿Esa firma a contramano con ganchos y puntos? ¿Ese sonido más áspero que tu nombre argentino, para ellos sudaca? ¿Ibas a resignarte a ese ajeno presente rectangular? Después de darle vueltas al asunto le das un giro copernicano: aparecés en sobre y con estampilla desde otra órbita, feliz sobre la lengua roja del buzón, anunciando tu mudanza a Barcelona. La palabra España es el primer motor inmóvil que inicia la serie causal. No tardo mucho en empacar. Ahora vivís en la Costa Dorada. Toda costa tiene su aura dorada, y la mía aparece en el horizonte por la ventanilla del tren: Sitges.

-Los trenes que llegan al apeadero número dos siguen rumbo a Sitges. Los altoparlantes usan palabras raras.

Apeadero, ¿qué es eso?

-¡Pues tía, que aquí hablamos español!

Apeadero es andén. Apenas un trueque de sinónimos y mi castellano sale andando solito. ¡Qué manera de deslizarse por las curvas y los precipicios del lenguaje, sin siquiera cansarse! En este país mi lengua no sufre de parálisis.

No sé en qué lengua decirles lo que pienso a estos cuatro elegantes muchachos que nos han escoltado tan amablemente. Como siempre, ellos encuentran las palabras antes que yo, siempre en el modo imperativo de cualquier lengua.

-Esperen acá, señoras.

Tendrán que esperar

-Señor- dice -nosotros tenemos las manos encallecidas de llevar tantos cadáveres de nuestros familiares a la tumba.

-Coronel- le contesto -ustedes tienen las manos encallecidas pero tienen las tumbas. Las madres tenemos las manos encallecidas también, de tanto andar buscando papeles. Pero no tenemos tumbas porque ustedes se cuidaron de que no las tengamos.

-Tendrán que esperar hasta que las llamen del despacho- nos informa un conscripto vestido de marino. No sé cómo romper el silencio que rodea sus palabras como una amenaza.

En la cárcel tratábamos de romper el silencio, de generar comunicación con los demás. Hasta ahí yo no sabía lo que era hablar morse, pero uno va creando un vocabulario. Inventamos una forma de hablar con golpes, muy rudimentaria. ¡Para hacer la zeta había que hacer treintitrés golpes! Mejor hubiera sido escribir con errores de ortografía y poner la ese ¿no? Después un preso nos avisó que el jarro al revés contra la pared actuaba como micrófono, como amplificador, y podíamos hablar. Hablás y por ahí mismo escuchás. Yo en la cárcel he aprendido

a hablar morse, mudo... qué se yo, todo. El asunto era no estar incomunicado, porque ese era uno de los problemas más graves para la salud mental. Así es que hablábamos.

Hablamos entre nosotras, siempre en inglés. Kerrie la sigue con que nos van a largar de un momento a otro. Una canadiense, por definición, no puede entender cómo funciona el universo bajo la Cruz del Sur. Es el otro lado de su luna, no lo puede ver.

Sitges

Viniendo de Israel, España es el otro lado de la luna. Y tal como en la luna se planta un estandarte, instalo en tu cuarto de Sitges los cuarenta kilos de mis sucesivos hogares. Desparramo libros, invado estantes con el botiquín que conjura microbios y melancolías, dejo libre la ventana para que el Mediterráneo inunde paredes y cuadros. A pesar de mis talismanes un peso agobiante se me instala en el cuerpo. No sé qué me pasa, me duele la memoria. Sube la marea de voces que me piden algo, al unísono. Voces a coro, alaridos en rima disonante controlados por otra voz superpuesta: la que interroga.

Decir la verdad

-Nos van a interrogar- le explico entre dientes, y mejor que coincidan las versiones. Ella apela a la lógica: decir la verdad. Quizás tenga razón. Al fin y al cabo, no hemos cometido ningún crimen. Pero las razones nada tienen que ver con el terror.

-Please, Kerrie, don't mention the Mothers again...

Las Madres hicimos una parada frente a la ESMA. Fuimos una veintena de madres frente al edificio, a gritarles asesinos y a escribir en el piso: -Acá se encerró, se torturó y se asesinó gente. Y les dábamos volantes a los colectivos que pasaban. Todo el mundo abría los ojos tremendamente. Cuando los tipos de la ESMA vieron que se acercaban mujeres con pañuelos en la cabeza, primero se rieron, después no sabían qué hacer, después se burlaron, y después se pusieron nerviosos. Nosotros con los gritos llamábamos la atención, y unos chicos que salían de la escuela empezaron a reirse por el lío que armábamos, pero después se acercaron y se quedaron con nosotras: querían averiguar de qué se trataba. Y les explicamos. A mí eso me parece muy importante, porque esos chicos no van a aceptar la historia oficial. Cuando sean grandes van a decir: no, nosotros vimos a esas mujeres, y sabemos que no eran locas. Como la ESMA tiene varios portones y nosotras íbamos de uno a otro, los uniformados optaron por ir del lado de adentro de las rejas con fusiles, para estar preparados. Estábamos seguras que no iba a pasar nada pero, imagínate: del lado de adentro la valiente muchachada de la armada marcando el paso, y del lado de afuera las viejas pidiendo por sus hijos. Uno de ellos se acercó desde su lado de las rejas a gritar:

-¿Qué pasa, por qué tanto escándalo?

-¡Ah! ¿No sabe lo que pasó?

-Y, no... Es cierto, habrá habido presos, pero...

Entonces una madre, siguiendo con el tono de inocencia, le dijo:

-Yo le voy a contar qué pasó. Y le empezó a explicar cómo se torturó gente, cómo se asesinó, las cosas que sabemos.

Hasta le mencionó un tanque de agua que ellos tenían: se usaba para meter prisioneros. Y el tipo escuchaba

sonriendo.

Los sonrientes marinos desconfían de nosotras porque hablamos entre dientes, porque evitamos la puerta de entrada, y porque surgimos de la nada formulando extrañas preguntas sobre un pasado remoto del que nadie guarda memoria.

...la Escuela de Mecánica de la Armada [está] entre dos de los barrios más ricos de Buenos Aires. [Los prisioneros] eran llevados a la enfermería del sótano, donde los esperaba el enfermero que les aplicaba una inyección para adormecerlos, pero que no los mataba. Así... eran sacados por la puerta lateral del sótano e introducidos en un camión. Bastante adormecidos eran llevados al Aeroparque e introducidos en un avión que volaba hacia el sur, mar adentro, donde eran tirados vivos. *Dossier Secreto*

Nos van a tirar de la lengua, quieren saber qué hacemos acá. Tienen razón en desconfiar, no teníamos la más remota intención de poner nuestro destino en sus manos, no pedimos permiso para entrar. Buscamos la manera de pasar directamente a las canchas de juego. Y lo logramos, así de simple.

A veces salvarse era muy simple. Una vez estábamos pasando por un puente con un mimeógrafo y un par de pistolas, en un paquetón que llevábamos entre dos. No me acuerdo bien por qué, pero en la salida del túnel había un soldado tipo Segunda Guerra Mundial, bayoneta y todo el equipo. El tipo toca con la bayoneta el paquete. -¿Qué llevan? dice. -Un mimeógrafo, un par de pistolas, le contesto yo. Entonces el tipo se ríe y nos hace señas para que sigamos. -Vayan, vayan... Era una salida que daba resultado. Total, si lo abría, por lo menos no había mentido.

Por lo menos no nos mienten. Nos informan que ante todo debemos ser interrogadas por la Policía Federal, por haber burlado sus sistemas de seguridad.

*Los de seguridad se nos acercan y nos preguntan dónde estamos parando. -No tenemos dónde parar- les decimos. -
Pensamos parar en las vías del ferrocarril. Entonces nos llevan. -Vengan, vengan que les soluciono el problema-
dice un suboficial, y no sabemos si eso quiere decir que nos lleva presos. Lo seguimos, y nos deja dormir en un aula
de la escuela de policías. Nos quedamos ahí, rodeados de pizarrones, bancos y uniformes. Al día siguiente nos
invita a pasear por Tafí del Valle. No estamos muy convencidos, pero aceptamos. Subiendo, hay una vaca en el
camino. El tipo la espanta a un lado, saca la pistola de la cintura, se la apunta a la cabeza y le pega un tiro. Así
acaba con la vaca, y con nuestra tranquilidad. Y se burla de nosotros, que lo miramos con cara de asco.*

Con cara de mosquitas muertas les explicamos a los inquisidores de turno:

-Nosotras no burlamos nada, señores, nos abrieron el portón y lo cerraron con candado después de dejarnos entrar.

Nos dejaron entrar sin preguntarnos una sola palabra.

Kiriat Shmone

-Preguntá.

-Pregunto: ¿Qué quiere decir leistakel?

Dibujás la caricatura de un enano con pene en forma de estaca. Una mujer lo mira con ojos desorbitados.

-Acción de mirar.

-¡Diez puntos, javerá, mea juz, amiga!

Patricia y Nora fabrican cientos de tarjetas ilustradas con los verbos esenciales del hebreo. Las erres se les atragantan entre las carcajadas, y se olvidan por un rato que en Kiriat Shmone se vive una monotonía regulada por timbres.

Hora de conversación timbre almuerzo timbre etcétera timbre timbre timbre. Timbres para silenciar otros sonidos que rondan el paisaje.

Al volver de un paseo la ciudad está a oscuras, las calles desiertas. Antes de saber lo que pasa alguien me arrastra hasta el refugio donde Nesia, la profesora, continúa su imperturbable clase de verbos irregulares. El edificio se sacude, hay eco de disparos, la tierra gime, mientras Nesia erige la pantalla de su indiferencia frente a nuestras narices. Es contagioso. Cuando subimos vemos cómo los soldados desactivan una katiusha, bomba que aterriza tras un largo pero veloz viaje desde el Líbano. Aparece enterrada en nuestra calle: un agujero negro en el asfalto de nuestro curso de aprendizaje veloz.

-Nuestra entrada fue tan veloz que no recordamos todos los detalles. Un camionero de civil manejaba un camión que parecía del ejército. Se bajó, nos abrió el portón, y cerró el candado detrás nuestro. Si ustedes llaman a la policía, nosotras llamamos a la embajada canadiense para ahorrar tiempo- decimos a dos voces Kerrie y yo.

Florenxia

No siempre llamar a la embajada le ahorra a una tiempo. Ocasionalmente surgen vías más directas para llegar a un país, que andan perdidas en esquinas, en rincones, o en un jardín.

En ese jardín yo leía a Onetti, y me protegía de la incertidumbre en que me sumía *Juntacadáveres* bajo la sombra de una enredadera. No sabía a ciencia cierta si estaba en Florenxia o en Santa María, si esperaba a Gabriel o si había aterrizado en una ciudad imaginaria. Sólo sabía que el libro me calmaba de otras dudas aún más estridentes que me acuciaban los sueños.

-Ti va di bere un capuccino?

Por qué no. Por primera vez en una semana alguien interrumpe mi férrea tarea de negar la realidad con letras impresas. De repente me despierto a una tibia mañana de viñedos y colinas, y acepto ir con este señor, que sospecho dueño de la mansión, a tomar un café. El problema es que la charla me obliga a saltar de mi paréntesis hacia un mundo que pide explicaciones: que de dónde vengo, que adónde voy. Es difícil entablar conversación cuando una anda evitando los bordes del presente. ¿Cómo le digo que pasado y futuro son fronteras para las que no tengo pasaporte?

Carlo persiste: -Cosa facevi prima de venire?

Ni siquiera sé cómo pasé la frontera de esta acogedora casona. Sólo recuerdo que me refugié siguiendo las instrucciones del amigo al que fumando espero. Antes de venir es concepto remoto, mis neuronas no lo asimilan. El, en cambio, puede darme un cuadro preciso de su vida: es profesor en la Universidad de la Colombia Británica. Todos los veranos viene a Florencia para visitar a su madre, y en agosto vuelve a Vancouver para enseñar literatura. Una vida de ritmos, de ciclos que se pueden predecir como las estaciones. Desde su colección de certezas vuelve a interrogarme, y esta vez decido tapparle la boca con una ironía. -No tengo planes, pero acepto el del mejor postor. Muchos hombres saborean el papel de guías, maestros o salvadores, y más aún si lo juegan con una pobre joven desorientada, frágil y perdida. En cuanto a Carlo se le presenta esa oportunidad, no titubea:

-Vieni a studiare in Canada- arriesga como en un concurso de preguntas y respuestas.

Para qué contradecirlo. Los italianos son capaces de prometer cualquier cosa con tal de ganarse la simpatía de una turista. Para acabar con tanta historia le doy una dirección adonde podrá mandarme la solicitud de ingreso a su tan preciada institución.

-Así se las arreglan institución con institución. ¿Qué les parece?

Kerrie asiente: por fin un acuerdo.

No me pongo de acuerdo conmigo misma sobre qué rumbo tomar. De Israel a España: encuentro con Andrés, hombre que no resulta el de mis sueños. De España a Italia: encuentro con un proyecto: estudiar en Canadá. De Italia a Brasil: encuentro con mis padres para estrenar un año nuevo, si no feliz, por lo menos impar: 1981. De Brasil a Inglaterra: posible encuentro con Patricia, mi doble. Esas vueltas se pagan caras a todo nivel, pero la cajera de mi memoria sobre todo registra mis gastos en la sección desengaños.

Londres

Las líneas aéreas le complican la vida a los pasajeros que no siguen las conexiones habituales. Mi cita intercontinental con Patricia es pendular. Oscila entre el 15 y el 18 de julio de 1981.

Como venís de Jerusalén, el punto de encuentro cae en Londres. Llego el 17 a la tarde. Marco tu número desde una ruidosa estación de trenes.

-I'm sorry, Patricia is gone- dice un acento inglés.

¿Cómo le voy a creer a esa voz impersonal, mentirosa? ¿Cómo aceptar esa voz desfachatada que tiene el coraje de distorcionar así la información? Llamo de nuevo.

-Se fue esta mañana. Creyó que no venías. No sé adónde fue a parar.

Te fuiste. Sin dejar rastro, mensaje, ni siquiera un pedacito de papel como esos que incrustábamos en el Muro de los Lamentos para contarle bromas a Jehová. Te busco sin poder creer que desaparezcas por propia voluntad. No hay caso. Desde ahora también te llamás ausencia. Ausencia rodeada de gatos, bocetos, pinceles, tarros y trapos. Ausencia de mirada verde, hipnotizada por el cactus en la piedra, un perro abandonado, el sonido de una gota en el estanque, aromas de calles. Ausencia de manos mágicas que crean personajes en el aire. Te borras como aquellas figuras que habías dibujado en las paredes de tu cuarto. El dueño las blanqueó, y casi no quedó rastro. Quizás uno que otro perfil espiando a través de la pintura, vanamente empeñado en perdurar.

Me empeño en mantener con los inquisidores el tono autosuficiente que me inventa el miedo, y pido un teléfono. Con tanta demora no voy a poder llegar a una cita muy importante. La debo cancelar.

Toronto

Tengo una cita muy importante con el oficial de la inmigración canadiense. Voy decidida a hacerme entender en mi rústico inglés, pero me doy cuenta que el problema es otro. En cuanto empieza el diálogo veo que no puede seguirle el hilo a la geografía de mi exilio. Mis rutas confunden a los funcionarios, habituados a cierta coincidencia entre nacionalidad y territorio.

SENIOR IMMIGRATION OFFICER: Are you Nora Strejilevich?

N. S.: Yes, sir.

S.I.O. According to your application form, you were a citizen of Argentina, by birth?

N. S.: Yes, sir.

S.I. O.: And prior to coming to Canada, you were a resident there also, is that correct? You were residing in

Argentina?

N. S.: Just before coming? No.

S.I. O.: Where were you living?

N. S.: I was in Brazil, and I came here. I was living in several countries. I left Argentina five years ago.

S.I. O.: Five years ago?

N. S.: Yes.

S.I. O.: And you were living in Brazil, prior to coming to Canada?

N. S.: Prior, yes. And before that, I had been in other places, but prior to coming to Canada, I was there.

S.I. O.: How long where you in Brazil?

N. S.: Aproximately 8 months. Aproximately.

S.I. O.: What was your status there?

N. S.: Just visitor-tourist.

S.I. O.: So you are not claiming refugee status from Brazil?

N. S.: No, sir.

S.I. O.: How many countries have you lived in prior to living in Brazil?

N. S.: Israel, Spain, England, Italy.

S.I. O.: And were you just there temporarily?

N. S.: Yes.

S.I.O.: And you are not claiming refugee status from any of the countries you have mentioned?

N. S.: No.

S.I. O.: I want to read to you the definition of Convention Refugee, as it appears in the Immigration Act:

Convention refugee means a person who, by reason of a well-founded fear of persecution for reasons of race, religion, nationality, membership in a particular social group or political opinion . . . is outside the country of his former habitual residence and is unable or, by reason of such fear, is unwilling to return to that country.

Do you understand the definition as I have read it?

N. S.: Yes...

S.I.O.: Are you unwilling or unable to return to Brazil for fear of persecution because of your race?

N. S.: Brazil is not my country but the country I'm coming from.

S.I. O.: I understood Brazil.

N. S.: I said Argentina.

S.I. O.: I don't think so.

N. S.: Yes.

S.I. O.: Yes, sir.

N. S.: Yes, sir.

Entrevista para solicitar refugio político. Toronto, 1982

Sí, señores. Pido refugio para dejar de vivir en el territorio de los mapas donde no coinciden estaciones y ánimos.

Pero el ánimo se me va a los pies cuando me exigen pruebas. Hay una testigo de mis heridas: una doctora que visité

a mi salida del Club. Necesito que presente su testimonio ante la embajada canadiense. Dice que lo hará desde el exterior: está por viajar a Europa y desde ahí enviará la carta. Pasa el tiempo. No llega nada y le vuelvo a insistir. Dice que consultó con su marido, y que no puede hacerlo, aunque le prometan la más estricta reserva. Nunca la manda.

Mandan a un marino joven a que me acompañe al teléfono. Secundada por su sombra verde oliva paso a una sala donde puedo hablar. Disco el número de James Petras, un sociólogo americano que pensaba entrevistar esa tarde. En cuanto me atiende le explico, siempre en inglés y a 2000 KHz por segundo, que se acuerde de mi apellido si no aparezco ese mismo día. Que estoy en la ESMA. No puede creer lo que oye, pero toma nota.

Sarita

No puedo creer el acento que oigo por teléfono, me llaman en castellano a mi mundo en inglés. ¿Qué pasa? Me sugieren que vuelva a Buenos Aires antes de una operación que te harán, mamá, ese mismo viernes. Voy a pasear la angustia a la costa, para que la refresque el rocío de la madrugada. Las gaviotas saben que me tomaré el primer avión. Por definición una refugiada no puede volver al país de donde huye, pero las definiciones a menudo no encajan con la vida.

Hojeo tus cartas en el avión. Tu letra me cincela en el recuerdo una escultura volátil.

6 de diciembre, 1983

Querida hija:

Dicen que Miguel Angel le dió su expresión a la estatua del Moisés en base a esta idea: lo que había impulsado al líder era la resolución de que su pueblo no podía destruirse a sí mismo, que debía recibir y obedecer los

mandamientos esculpidos en las tablas, y sobrevivir. Hay que seguir adelante, aceptar las circunstancias aunque uno sienta que va dejando o perdiendo parte de su existencia. Es como una operación: a uno le extraen la víscera enferma o muerta, se cose la herida, cicatriza, y desde afuera no se nota la falta. Total, "todo" sigue funcionando.

Todo sigue funcionando como corresponde. No llaman a la policía, pero nos hacen pasar a un despacho. En el pasillo, viejas máquinas de escribir arrumbada. Adentro, un escritorio de madera, cuadros con fragatas y oleajes, un par de ficheros y estantes. Tres uniformes azules cuyas sonrisas pulcras, pulidas, perfectas, me asfixian el alma.

Trato de relajarme a pesar de las nubes asfixiándome el alma, busco ojales en el cielo para abrocharles mi ansiedad.

A tu estado le dicen terminal pero no en voz alta, y el susurro me ahoga. Hay palabras escondidas en otras como piedritas. Ni siquiera por teléfono se menciona la palabra cáncer.

Traigo revistas que creía de difusión médica. Resultan folletos militaristas:

Las células cancerosas invaden, colonizan, destruyen. Y las células del cuerpo no son suficientes para eliminar el tumor maligno. Por muy radical que sea la intervención quirúrgica, la invasión tumoral continuará. La terapia consiste en matar las células cancerosas mediante una guerra química. Es imposible no dañar células sanas pero se considera justificado casi cualquier daño acarreado al cuerpo si con ello se consigue salvar la vida del paciente.

La guerra y el ejército tienen que ver, pero de otra manera. Digamos que el ejército te bombardeó con la palabra desaparecido.

-Esto matará a muchos padres- fue tu presagio.

Y acá estás, en una camilla de hospital.

Ya nos pasó

Por fin se abren los ojales frente al gesto eterno de tus manos.

Tu imposible mano me recoge
de agobiadas distancias
me teje itinerarios
que minuciosamente destejen mis palabras.

Tu nocturna mano en mi mañana
me peina los recuerdos
y en tus dedos se enroscan dulcemente
bucles de versos.

Tu mano caracol traza lentos
los bordes de mi infancia
mientras veo mi palma que acaricia
el perfil del dolor.

Dolor que se calma con tus palabras de antaño: -No serás más “la nena”, te están creciendo alas. Seremos tres seres
ligados por un amor sólido. Un bloque.

Los tres marinos actúan en bloque. Cada uno parece recitar una parte del discurso, pero en realidad habla la
institución.

-Queremos saber por qué han llegado ustedes a la ESMA por una entrada que no es la principal. Imagínense que
nosotros nos metiéramos a la casa de ustedes por el jardín de atrás. Podrían creer que somos ladrones.

Soy ladrona de palabras: te copio, mamá, aunque no hayas cumplido tus promesas:

No te preocupes por mí: sobreviviré a pesar de mis fantasmas. Además, a nosotros ya no nos puede pasar
nada: YA NOS PASO.

Debe ser por eso que a ellos nunca les pasa nada. El Comando Conjunto entró a casa por la puerta principal y nadie desconfió. Estos señores hablan por la voz de la experiencia. En cambio nosotras parecemos ladronas de gallinas, principiantes, desconocedoras de las reglas básicas de la impunidad: actuar a plena luz del día, sin preocuparse de borrar todas las huellas.

Borraste la huella de la palabra cáncer durante años, la guardaste bajo la almohada y trataste de sobrevivir sin decirme mucho. Con el anuncio de las elecciones dejaste que apenas apenas la sacaran del escondite, aunque sin pronunciarla porque es tabú. La palabra autorizada, enfermedad, creció tanto que no me deja espacio para hablarte: me interrumpen preguntas atragantadas al borde de tus fiebres y curaciones. Las preguntas hacen guardia a tu lado, cuentan tus parpadeos, tus sueños: ¿Cómo son los ojos de la muerte? ¿Te deja un par antes de esfumarse?

Las preguntas quieren escarbarlo todo. Quieren aprender lo que aprendiste, darse vuelta y ser respuestas, pararse para que sigas de pie, recostarse para estar con vos, abrazarte. Los timbres del hospital no funcionan y no viene la enfermera; el peso de una inmensa mole, la paciente de la cama de al lado, se desploma implacable sobre tu silueta de hoja cada vez que se levanta; los médicos no vienen a sus citas; papá no encuentra la palabra ánimo en ninguno de sus cajones. Lo normal en estos casos.

Me acerco a tu intuída eternidad, sin saber cómo ni cuándo. Miro la cabecera de tu mundo como espiando un templo sin atreverme a entrar. Guardo un bosquejo del perfil que veo dibujarse sobre tu almohada con todas las respuestas.

Te llevo a casa.

Hasta que llegan ellos, los de siempre, con su atropello. Los que tienen voz y voto, los que deciden por uno en nombre de la Ciencia, del Orden, de la Religión. Lo mismo da.

-Prefiero dejarme morir, al hospital no.

Interrogatorio no, me repito, cuando sé que eso es justamente lo que nos espera. Ante la pregunta inicial Kerrie despliega otra vez su ramillete de temas: los derechos humanos, los muertos, el artículo del diario sobre los chicos jugando a la pelota en un lugar así. La juega de periodista. Y yo ¿de qué la juego?

Yo la juego de espectadora, porque no tengo fuerzas para oponerme a papá. Les abre la puerta y tres guardapolvos te alzan derrotada sumisa acurrucada en tu silla! / vencida forzada te arrastran / la ambulancia el chirrido del tiempo / llegamos la camilla esos ojos no me claves esos ojos/impotencia / adiós adiós / este arsenal de lágrimas/ tus pupilas van y vienen/me recorren no me ven / quedate volvé no te vayas todavía / tu gesto fragmentado y ondulante / tu brazo se sacude manotea el vacío / me rasguña el espanto/no seré yo quien te cubra la cara/atrapada en esa red de reflejos. Me voy.

Eso fue ayer. Hoy
tu mano ya no me habla
y palpo la matriz de tu ausencia
inaugurada hace sólo un temblor.
Por eso invento el doble de tu mano
tatuado en el espacio del consuelo
espejo que recobra la forma de tu gesto
en la antesala del olvido.

El consabido milico

Acorralada en la antesala del recuerdo miro atónita una escena familiar: el consabido milico hablándome del otro lado de un escritorio, del absoluto otro lado. ¿Terminará diciendo que lo lamenta porque fue un error? Lo original es que ahora puedo ver lo que pasa, no sólo oirlo. Además, lo que oigo asume variaciones insospechadas gracias a Kerrie, que a fuerza de citar lo que la prensa internacional dice sobre los campos de concentración arrasa con todo posible deja vu. Los marinos no pueden ocultar su sorpresa ante la sinceridad de la periodista. ¿Será un error que

insista con esos temas urticantes? Tal vez no. Un rictus que oculta cierta sonrisa ¿nerviosa? le aparece a Kotler cada vez que se pronuncia la palabra desaparecidos. Creo que le saliva el estómago, como al perro de Pavlov, pero no podría probarlo.

-Si hace falta probar que estuve desaparecido puedo ir al campo de concentración y pedirles que certifiquen que me tuvieron allí entre el setenta y seis y el setenta y siete, me dijo un ex-desaparecido que vino a solicitar indemnización. Era un señor mayor que seguramente nunca entendió nada, y se tragó un año adentro sin comerla ni beberla. -No, señor, por favor, ni se le ocurra hacer eso!- le imploré.

Kotler me advierte: -No se le ocurra creerle a las Madres. Además, eso pasó hace veinte años, y fue una guerra en la que murió gente de ambos lados.

Es una larga historia

De tu lado, papá, murió la esperanza. Apenas atinás a pasear tu monólogo circular por el croquis de tu pasado, a corregir los trazos errados. Ahora que te tiembla el pulso querés mejorar el boceto juvenil de tu vida: se te resquebrajó. El balance es pobre: no más hijo, ni mujer, una hija que llega para volverse a ir. No salís a compartir tu insomnio con los otros, no luchás por hacerlo público, te falta fe. Por algo subrayaste en rojo aquel párrafo de

Rayuela:

No tenía fe en que ocurriera lo que deseaba, y sabía que sin fe no ocurría. Sabía que sin fe no ocurre nada de lo que debería ocurrir, y con fe casi siempre tampoco.

-Tampoco le crea a los diarios. Hay muchas acusaciones infundadas que tratan de desacreditar a las Fuerzas Armadas, pero los periodistas extranjeros deberían escuchar las dos versiones.

Mi versión de vos, Gerardo, es un cuerpo macizo y expansivo asomado al balcón como buscando espacio. Barba rala, pucho en mano, y una sonrisa leve, como contándote un chiste sin que nadie se entere.

¿Qué chiste será? Nunca me contestás lo que te pregunto, gracias si te me acercás al pie de la cama cuando se te canta, cuando querés oreja y mimos. Y yo qué. Dale, contame. Nada. Me hablás con la mirada y te callás.

La mirada de Kotler -apellido alemán, aclara dos veces- recorre las páginas del pasaporte de Kerrie, sin prisa. Sazona cada mirada con una pregunta.

Mi pregunta esa mañana, papá, creyó que era un día como cualquiera. Que adónde vas, que cuándo volvés. Se te veía compuesto, decidido. Que ibas al barrio de los tíos. Que iba a estar ocupada hasta tarde.

A la noche me recibe la sorpresa de una hoja de cuaderno bajo la puerta, escrita con trazo tembloroso. La levanto en la oscuridad y me siento a leerla. Las letras me pesan demasiado.

30 de marzo, 1987

Señorita Nora:

Le rogamos tenga a bien hacerse presente a la mayor brevedad en la casa de su tía Rosita por un asunto de suma gravedad antes de mañana 31 de marzo a las 7hs. Es muy URGENTE, en relación a SU PADRE.

Nena tu papá... acá en nuestro edificio... del tercer piso... la escalera da al patio... no nos dimos cuenta... le pidió al portero que le abra la puerta de entrada... nos tocaron el timbre... no sé qué decirte... tenés que declarar en la

policía... yo ya les conté algunas cosas... andá.

Tenemos el tiempo del mundo

Me toca declarar frente al escritorio, ante los que siempre tienen derecho a preguntar.

-Y usted... mastica girando el ángulo de visión: -¿vive aquí?

-No.

-¿No? ¿y en qué año se fue?

-En mil novecientos ochenta.

De tanto mentir con cara de nada la cabeza me va a estallar.

Cuando la cabeza me estaba a punto de estallar de tanto pensar, se me ocurrió algo acerca de lo que buscamos las Madres. Queremos rescatar vidas, sacárselas a ellos. Justamente lo que ellos buscaban era la niebla, el silencio, y sobre todo el olvido. Recuerdo una película sobre el holocausto, SHOA, en que los nazis decían: - Shneler, shneler, más rápido, más rápido.

Querían hacer su matanza rápido y sin dejar vestigios. Los de acá tampoco quieren dejar vestigios, lo que buscan cuando desaparecen a una persona es que no quede ni el nombre, que se borre hasta el nombre. Traté de imaginarme qué es lo que piensa una persona encerrada, aislada, en una noche muy oscura, que sabe que posiblemente nadie la va a ver más. Por ahí debe pensar: Nadie va a saber ni dónde estoy, ni dónde me matan. Me borran del mundo, me borran completamente.

Uno siente que nadie sabe dónde uno está... Yo pensaba, en: en algún momento este hombre tiene que ir a comer, tiene que irse a su casa, tiene que vivir. Ellos saben lo que uno piensa, porque me decían: -yo en algún momento me voy a tener que ir pero va a venir otro, nosotros tenemos el tiempo del mundo, nadie sabe acá dónde estás.

Ya no estás, papá. Saltaste al vacío y el reloj de tu bolsillo se partió en dos.

El concepto de alguien

El marino me parte en dos con la mirada, y retoma la palabra:

-¿Cuál es su dirección en Buenos Aires?

-No tengo, estoy de paso.

-¿Se queda con alguien?

Qué pregunta. Me recuerda aquélla otra, en el cementerio:

-¿Busca a alguien?

No por ser eterna esta ciudad deja de ser ciudad. Con sus árboles, sus calles, su vecindario. Y su vigilante. Uno de esos infatigables guardianes se me acerca. Me debe reconocer el olor, la cara no. No soy de este barrio. Dejo pasar un tiempo entre su pregunta y mi respuesta. Tengo miedo que me salga gutural. Trato de colocar las cuerdas vocales para esquivar el grito, y en eso vuelve a sonar su voz. Un eco cónico, un cucurucho de corcheas me hace cosquillas con la punta. Que si busco a alguien. Estoy a punto de largar la carcajada, pero la dejo agarrada a las paredes del estómago. Que se aguante ahí por un ratito. No voy a entrarle a este honorable señor con exquisiteses filosóficas

acerca del concepto de alguien.

-¿Se está quedando con alguien? repite Kotler.

-No, estoy sola.

-¿No tiene familia?

No le voy a explicar que perdí el mapa de tu tumba, o que jamás lo guardé porque la estampita de la portada me causaba demasiada gracia. Lástima. Porque no es lo mismo recordar la escena sin ese dibujo de una cara de mujer con brillantitos en la aureola, y hasta un arco iris. Era perfecta: una virgen de mirada perdida como guardiana de tu partida. ¿Por qué no? ¿Acaso para vos había diferencia entre esa imagen y cualquier otra?

-Religión, me preguntaron al llenar los formularios para el entierro.

-Ateo- les dije: -no quiero nada, ni carroza fúnebre ni flores ni tarjetas. A-te-o- les repetí. Para que quedara bien claro.

-Pero si lo paga todo la mutual- señora, no tiene que gastar ni un centavo.

-Señorita. Y no quiero nada. Temía que te burlaras de mí si cedía a la tentación del rito. Podías llegar a hacerme muecas en medio de la seriedad de tu propio entierro. Era demasiado arriesgado dejarme llevar por la costumbre haciendo oídos sordos a tu prédica.

El que me interroga hace oídos sordos a mis recuerdos y repite lo mismo de otra forma: -¿Marido? ¿hijos? ¿padre? ¿madre?

Omitiré nuestra saga familiar, no sea que se ponga sentimental.

La gente se pone sentimental a la hora del entierro. Cuando murió mamá una tía nos recriminó que abandonáramos sus cenizas en el herario público. Nosotros las dejamos sueltas, al aire libre, para que salgan a pasear.

No nos va a dejar salir de la ESMA si no digo algo que lo conforme. Podría inventar algo, total, no lo va a publicar en los diarios.

Ni publiqué aviso fúnebre, porque eso de aparecer en las necrológicas te hubiera parecido de mal gusto. Una pobre manera de darse a conocer a destiempo.

Nada de cerrar las heridas con ceremonias. A mí que me queden bien abiertas. La muerte y sus vueltas. No te hago monumentos pero te llevo en el cuerpo, en las neuronas, en los pies. Te llevo a pasear, que buena falta te hace. Y en el camino, cuento el desenlace de tu historia.

-Es una larga historia- le confieso al marino. En resumidas cuentas, estoy sola.

Una sola camioneta celeste estaciona en el lugar indicado con dos tipos que te sacan con cuidado. A medida que sale el cajón veo perfilarse una cruz de metal cortando la madera en cuatro. Me convengo que es idea mía, eso seguro se necesita para sostenerlo. No tengo nada contra las cruces, bien lo sabés. Pero no es hora de cargar con el peso semántico del judío en la cruz. En fin. Tampoco es hora de hacer preguntas. Te bajan, te dejan en tu lugar, cumplen su función. Toda función tiene su desenlace, y después cae el telón. Antes de bajarlo me dan la tarjeta de la virgen con un planito para ubicar tu morada celestial.

¡Una estampita! ¡la que vendías en las ferias de chico! Los azarosos círculos del destino nos rondan con sus simetrías y no puedo evitar la sonrisa final.

Sonríen. Me pregunto si el entrenamiento para marino incluye la práctica de esa sonrisa ascética, pero dudo que la información figure en ningún registro.

Tu ateísmo no figura en sus registros. Al que no es ni chicha ni limonada lo ponen en la categoría cristianos, o en católicos apostólicos romanos. Me pregunto en qué casillero te habrán puesto. Llegaste al paraíso sin comerla ni beberla. Sin haberte confesado ni comulgado, como tanto hace Videla para no perder su puesto eterno. Te premiaron por no tener miedo, y ahora que gozás de tu terrenito etéreo desaparecés de nuestros modestos espacios mundanos.

El espacio de la oficina se agranda con el eco de sus palabras:

-¿Tiene su documento de identidad?

-Creo que no lo traigo conmigo.

-¿Puede buscarlo?

Los desalojaron

-Busco a mi padre. Lo enterramos en el ochenta y siete.

-A los del ochenta y siete los desalojaron.

Nos desalojan del pabellón que ocupábamos y nos trasladan a otro, con celdas individuales, donde íbamos clasificados en dos categorías: los que tenían un cartel de OJO, y los que tenían un cartel de SEMI-OJO. Estaba escrito con tiza, me acuerdo. Si decía OJO en la puerta, el tipo estaba solo en la celda, porque era peligroso, y si decía SEMI-OJO había dos en una celda igual. Después nos desalojaron también de allí.

Aquí, como en cualquier ciudad, el que no paga, vuela. Los barrios ricos tienen edificios fastuosos, llenos de volutas y frases célebres. Los barrios pobres, como éste, están plagados de flores almidonadas, algunas acurrucadas sobre raquíticas cruces de madera. Y tierra, mucha tierra. Te desalojaron del barrio más pobre del cementerio, casi de un potrero, para trasladarte ¿adónde?

-¿Adónde estará mi documento? mascullo como una idiota frente a la cara impávida del marino. Sigo revolviendo la cartera con cara de yo no fui.

-Las cosas a veces desaparecen como fantasmas ¿no?- retruca Kotler, ahora casi divertido.

Quitarle a las cosas su aire fantasmal. Vuelvo a la costa de mis navegaciones, al departamento deshabitado, para sacarle la penumbra a los objetos; para regresarlos al circuito de las manos y de las voces; para devolverles una función, un sentido práctico. Ropa colgada en los roperos, manteles bordados por tatarabuelas, copas de cristal de casamiento, baúles opíparos, vestidos rebosantes de mareas y aromas exóticos, canastas con candelabros y alguna

biblia de tapas plateadas. Todos deben retomar la aventura de la vida, vengo a liberarlos de estas paredes, del pasado y de los pesares. ¿Haré bien en dejarlos ir? ¿Se habrán acostumbrado al olor a encierro de éstas, sus habitaciones? Lo siento, no tengo dónde guardarlos. ¿En qué bolsillo meter la platería, en qué bolso la biblioteca, en qué cartera el vendedor de diarios de bronce? ¿cómo empacar mapas, abrigos, postales, cubiertos, tazas chinas, platos, adornos, costureros, partituras, repisas? Ya que se salvaron del glorioso destino de botín de guerra, debería apilarlos en una alfombra mágica y que me sigan por el planeta: una caravana de curiosidades por el cosmos, a la deriva. Es que yo, tan a la deriva como ustedes, vuelo por la inmensidad del globo. Pero como a mí me cobran peaje, procederé a cambiarlos por el vil metal. Sabrán comprender, queridos amigos. No, no pueden quedarse, lo lamento. No sería saludable. Tengo que dejarlos. Aferrarse a formas, a colores, a sonidos, no va con el siglo veinte, con su calendario de exilios y metaexilios. “Guardamos la ropita en el ropero pero no hemos deshecho las valijas del alma”. Vamos Gelman, todavía.

Deberé partir. Deberán partir. Se irán sin siquiera haberme confiado sus secretos, esos que les susurraron bocas bajo sombreros esbeltos y tules negros. Europa se remata en América, quién da más. En la Argentina de los noventa privatizamos hasta los recuerdos. Generaciones de rusos y polacos han cargado este arsenal de maravillas, estos bártulos esplendorosos, para por fin alcanzar la cumbre de su periplo: ser vendidos por dos pesos en una feria americana, al contado y con suculentos descuentos.

Los objetos se agrupan en mesas prolijamente desplegadas por las habitaciones. Clasificados por semejanza, por precio, por casualidad. Pilas, pares, individuales, todos con su escarapela: el precio, siempre módico. Exclusividades por una bicoca, el fervor de los anticuarios:

-¡Pasen, entren, arrasen con todo, que yo me quedo con el cambio! Con el cambio de vida, de país, de piel. Cambio historia por consumo, una historia más que se consume.

-Con sumo placer, adelante, aprovechen las novedades.

Gerardo

La novedad es que al marino ni mi mentira le preocupa ahora:

-Bueno, por esta vez no importa: dígame el número de documento.

¿Qué número puedo marcar para dar con vos, Gerardo? ¿Y qué les digo cuando me atiendan? No quiero sonar como esas viejas que hablan maravillas de sus hijos ¿Cómo les digo que sos el más querible el más simpático el más inteligente el más malhumorado el más vital el más amigo?

Señores, el que busco toca la guitarra, tiene debilidad por el café, juega al fútbol y hace otros deportes, a veces mira la televisión y cocina mucho mejor que mamá.

Va a campamentos y trasnocha, tiene amigos en varias lenguas, viaja por el continente y escribe poemas cuando amanoechece.

Está por terminar su tesis sobre resistencia de los materiales, pero no resiste ni el metal de la tijera que le tiro a los cuatro años. Piensa casarse.

Milita, dice ser ateo pero tiene un padrenuestro: que todos puedan comer, que todos puedan estudiar, que todos puedan elegir. Hoy diríase que no tiene nada de extremista, pero entonces...

El que busco tiene ojos que hablan, pelo salvaje, tamaño imponente, voz ondulada y gestos de niño.

El que busco no envejeció, no tiene la frente marchita ni plateada la sien.

Sabe jugar a las escondidas, al Cisco Kid, al patrón de la vereda y al ajedrez.

Me enseña a recitar *los zapatitos me aprietan /las medias me dan calor/y el muchachito de enfrente/ me tiene*

looooooca de amor.

Es bueno para las matemáticas pero no puede dibujar una vaca. De chico se encierra en el baño, de grande en su cuarto, y de más grande lo encierran en un campo.

Vive en una foto carnet, en blanco y negro; en una diapositiva a color, remando en un lago, camisa anudada y panza afuera; en un cuaderno con cálculos matemáticos; en un par de zapatos, y en varios programas autografiados de conciertos.

Ibamos a conciertos, a fiestas, a peñas, a fogones. Gerardo cantaba, contaba chistes, era muy divertido. Se hacía el cancherito pero era como un bebé canchero. No era que fuera seguro, sino que trataba de subsanar su blandura con un cierto arrojo. Y unos años después le pasó algo parecido: creyó que le faltaba compromiso, que tenía que apretar el acelerador y comprometerse más, no sé cuánto más. Hicimos diez mil campamentos, diez mil jodas... más bien bromas pesadas, te diría. Me acuerdo de momentos: Gerardo tenía unas canciones preparadas con la guitarra, perfectas, con los bajos y todo: unas nenitas que entonces tenían como trece años y hoy tendrán noventa lo miraban como si fuera Alain Delon.

Me acuerdo una fiesta en la que se cambió como siete veces la camisa. Hacía un calor terrible, y él aparecía a cada rato con otra pinta. -¿Qué sos, un desfile de modelos?-, le decía. Creo que se quería levantar a una mina y quería impresionarla con sus ochocientas camisas: con rayitas, rojas, a cuadros... y yo...-¿Qué es eso?

Desaparecidos, pero no tanto

¿Qué es eso? No, un programa no. ¡Un folleto! Nos hacen pomposa entrega de sendos folletos informativos de la

Escuela. A ella le toca en colores; a mí, en blanco y negro.

El hombre sólo es libre cuando puede elegir...

Ciencia, tecnología, futuro...

**Lo hallarás en la
ESCUELA DE MECANICA DE LA ARMADA**

En la escuela secundaria, donde yo trabajaba como profesora, estábamos obligados a llevar a los alumnos a visitar unos pueblos inventados por los milicos. Uno llegaba y a la hora que fuera golpeaba toc toc y los habitantes tenían que salir y uno ver la casa, y escuchar el discurso aprendido donde te decían cómo tenían que agradecerle al ejército argentino por haberles dado todo eso. Eran pueblos cárceles, al estilo de lo que se hizo en Vietnam, donde la población tenía que alabar el destino glorioso que les deparaban los militares. A esa payasada le llamaban erradicación de población rebelde.

Cuando la población tiene que votar debe recurrir primero al padrón electoral. El método es sencillo: uno busca su inicial con el dedo índice en una hoja interminable pegada a la fachada de algún edificio público. En general, se encuentra y verifica adónde le toca cumplir con su función cívica. Me acerco a una vieja escuela, la de Pueyrredón y Lavalle, y procedo como corresponde. Pero mi dedo se emborracha, ve doble, triple, no un apellido sino cuatro. Los leo: ¡Sí! aquí están: Gerardo, Abel, Hugo ... ¿Por qué no? ¡desaparecer no equivale a desconocer la responsabilidad cívica! ¡Estarán desaparecidos, pero no tanto! Para que caduque su derecho a votar haría falta probar que no están.

Posibles pasados, posibles finales

Para probarnos su afán didáctico los marinos nos aclaran que la nave del folleto es una fragata. Mientras hablan nos guían hacia la puerta de entrada, y piso la vereda sin mirar para atrás.

¿Por qué no volver atrás, como en los cuentos?

¿Por qué no volvés, hermano?

Decime algo.

-Dígannos cuándo quieren volver, y estaremos a su servicio, como siempre, insisten los atentos marinos.

Siempre los ruidos de la noche, parece mi destino estar oyéndolos, ennumerándolos, tratando de descubrir en ellos la vida fanfarrona, estridente, que quiere hacerse ver como un faro en la oscuridad de la niebla y el mar embravecido.

¿A qué mar te referís, Gerardo?

¿Al mar dulce, a ese Río de la Plata al que caíste como péndulo? Dicen que los largaban mar adentro ¿Se acercó tu cuerpo a la costa como un faro en la oscuridad? ¿Estaba embravecido el mar?

La hermenéutica como ruta estridente hacia la desesperación.

La interpretación como contrapunto del silencio.

Busco atar cabos, atar tu historia en un nudo que ahogue la incertidumbre, recuperar una versión con principio, medio y final. Armar el rompecabezas para calmar esta costumbre de inventarte posibles pasados, posibles finales.

Finalmente, nos depositan en la puerta de calle. Pero todavía nos bloquean la salida sus tres imperturbables cuerpos.

Bloquearon los caminos de la investigación de los hechos concretos ... ¿por qué la destrucción de los cuerpos?... los cadáveres sin nombre, sin identidad, impulsando a la psicosis por la imposibilidad de saber acerca del destino individual, concreto, que le tocó en suerte al ser querido... al borrar la identidad de los cadáveres se acrecentaba la

misma sombra que ocultaba a miles de desaparecidos cuya huella se perdió. *Nunca Más*

Ni huella de sus modales autoritarios de hace unos instantes ¡Qué amables anfitriones! Falta que nos pidan nuestras direcciones en Canadá para hacernos llegar una postal. Si insisten, les mandaré una con el diseño de una cara tabicada. No sea que se olviden de sus ex-detenidos-asesinados.

El mundo entero nos dará la razón

En el noventa y cuatro los ex-detenidos-desaparecidos pasamos a la categoría de existentes y pot ende indemnizables. Vuelvo al viejo edificio de la calle Moreno, la Secretaría de derechos humanos, para conocer los entretelones. Cuando llego al tercer piso me mandan al primero, y del primero me mandan al tercero. Los del tercero me explican que un desaparecido que se precie de tal tiene que figurar en una causa. La razón es absolutamente lógica: por no figurar en ninguna planilla de entrada y salida no se lo puede indemnizar con precisión. Al final no sé si los desaparecidos somos, estamos, fuimos o estuvimos, pero seguro que tendremos que probarlo.

No sé decirte si estaba detenido preso o desaparecido. No figuro en ninguna planilla, en ningún libro de detención, en ningún lado. Y por lo tanto no puedo hacer ninguna acción legal.

Yo sí puedo iniciar mi acción legal y tramitar una posible indemnización. El gobierno acabó con la duda nada metódica sobre nuestra existencia y decretó que somos y que fuimos. Nos pagarán por ser quienes fuimos. Los familiares de gente que fue lo que fuimos pero no es como somos también recibirán una suma de dinero o de bonos por la llamada desaparición forzada (de sus hijos maridos padres hermanos u otros lazos sanguíneos). En criollo

podríamos afirmar que se nos va a pagar por haber sufrido prisión y tortura ilegales y/o por haber sido asesinados, pero esos términos son legalmente inocuos, literariamente ineptos y socialmente inaceptables.

¿Qué vía de escape de la ESMA puede ser socialmente aceptable? Le hago señales a un taxi. Para que no siga de largo lo llamo como haciéndole chau al mundo entero.

-Ya verán que el mundo entero nos dará la razón, es cuestión de tiempo. Lo importante es que se difunda la verdadera versión sobre la Escuela de Mecánica de la Armada- recita Kotler mientras le cerramos la puerta del taxi en las narices.

III

*Mi nombre enredadera se enredó
entre sílabas de muerte
DE SA PA RE CI DO
ido
nombre nunca más
mi nombre.*

*Enajenada de sujeto
no supe conjugarme
no supe recorrer
el abecedario de mis lágrimas.
Fui ojos revolviendo ayeres
fui manos atrapando jirones
fui pies resbalando
por renglones eléctricos.*

*No supe pronunciarme.
Fui piel entre discursos
sin saliba sin vestigios
de dónde ni por qué
ni cuándo ni hasta cuándo.*

*¡No podrás jamás decirlo!
jamás decirte, pensé.
Pero escribirás,
escribiré sí
miles de ges de eres de esos
garabatos vicarios
hijos de mi boca
remolinos de deseos
que fueron nombres.*

*Escribiré
látigos negros para domar
ciertas salvajes mayúsculas
ahogándome la sangre.
Resistiré resistirás
con nombre y apellido
el descarado lenguaje*

del olvido.

¿Capítulo final?

No te olvides de olvidar el olvido.

Juan Gelman

Una mujer estaba leyendo mi testimonio y me llamó para decirme que se quería juntar conmigo para darme un abrazo. Estaba muy emocionada y agregó: -que sea antes de terminar de leer tu libro, después quizás me falte valor para ese abrazo. Una mañana nos encontramos y ella quería hablar del libro. Yo quería hablar del abrazo. -Vos me quisiste dar un abrazo porque te sentiste afectada, le dije, -estabas emocionada, tuviste la necesidad urgente de abrazarte con quien te pasaba todas esas noticias. Quiero decirte que ese es el abrazo que a nosotros nos negaron. Aparte del dolor, la tortura, el duelo, toda esa iniquidad, no nos dejaron ni siquiera eso.

Conozco el caso de una muchacha que estuvo en el mismo campo de concentración que su hermano, en el mismo momento. Ella sobrevivió, su hermano no. ¿Cuánto tiempo, mientras viva, va a pensar: por qué no nos dejaron abrazarnos? Ojalá esa pregunta subsista durante varias generaciones.

No me puedo abrazar al pasado, tengo que dejar que suelte su avalancha de escenas y de voces. Quisiera que se ventile y escape del rincón en el que lo tengo bastante mal alojado. Que viva una existencia más llevadera.

Por eso decido, en Canadá, ir a hablarle a un sicólogo.

Espero largo y tendido en una sala, mirando avisos de hollistic therapy y ensayando discursos, hasta que me

llama a su consultorio un tipo con pinta de intelectual de los sesenta: anteojos redondos de metal, pelo enrulado, cuarentón. No podría ser más adecuado para la ocasión, se me ocurre mientras le sonrío por no saber qué decir.

Ante la pregunta de rigor: -What brings you here?- emprendo una somera descripción de mi caso. Avanzo y retrocedo a los tropezones, con saltos olímpicos de cronologías, subidas y bajadas de tono emocional, ambivalencias y olvidos. Sin abundar en detalles, armo una breve sinopsis para que podamos entrar en materia. Como hablo mirando hacia dentro no le presto atención a sus gestos, hasta que al cerrar un largo párrafo aterrizo en sus ojos.

-Are you crying?- le pregunto como para convencerme.

Sí, el doctor está llorando. Se tiene que sacar los lentes para secarse las lágrimas que pierden la poca vergüenza que les queda y le nublan la cara.

-It's not that bad, doctor, don't worry- atino a balbucear mientras me acerco, tratando de aplacar el despiadado flujo de agua salina.

Gracias a mis primeros auxilios se calma. Me da cita para otro día, pero sin esperar su diagnóstico, me doy de alta.

Alta en el cielo/ bandera inmorta l/ azul un ala / del color del cielo / azul un ala/ del color del mar...

Tarareo, entre divertida y perpleja, las canciones patrias del colegio. Uno de los métodos para calmar la ansiedad, ahora que yo soy la que floto en el cielo. Vuelo hacia el sur, flameo... Otro método es masticar mis obsesiones como si me contara secretos, para no traicionarlas jamás.

Quisiera ser como los secretos / no traicionar jamás
Rilke

Traicionar es algo parecido a abrir la ventana de una prisión: todos tienen ganas, pero es raro conseguirlo. Así decía Céline, y él lo sabría mejor que nadie porque lo hizo. Traicionar es fácil. Lo difícil es tener la ocasión.

Te dí la ocasión, Roberto. El excéntrico impresor de revistas de filosofía con el que regué mis veinte años para que crecieran sillas y estantes y sueños y carcajadas. Traicionar es muy fácil. Basta correr esas cortinas cursis que nos vendían cuando veíamos al mundo color de rosa. En la penumbra de la madurez, todos los gatos son pardos. A los pruritos de la inocencia les sobra brillo: son plastificados, transparentes. La verdad es más turbia, y cuanto más rápido se la acepta, mejores negocios se hacen.

Money makes the world go round, the world go round

Lástima que los románticos perdamos la medida del tiempo, atorados por el diámetro de los sentimientos y el volumen de las emociones. Hay que apurarse, el único remedio contra la tristeza es la lectura veloz: una mirada a vuelo de pájaro más rápida que la decepción. No es tan difícil, la decepción es lenta: tarda años en florecer -se riega de tanto en tanto- y da sus frutos de repente. Frutos enormes, agobiantes, que se les caen a sus dueños de tan pesados. A mí se me caen en palabras que hacen ruido de lágrimas contra muros de silencio.

Sos Samsa

Son muros de silencio las paredes del departamento de Corrientes, desafiantes ladrillos que luchan contra la humedad que los carcome. Faltamos cuatro y sobran siete habitaciones en las que conviven polvo y olvido. Las ausencias, aburridas de tanto abandono, se cubren con telas de araña que adornan pilas de objetos. Cuando se largan a correr por el eterno pasillo las atajo en mi cuarto de Vancouver y las revoleo por el aire. Mariposas nocturnas que mueren al chocar con el velador de mis insomnios, preocupados por no darte la ocasión. Pero te regalo, Roberto, ocasiones para decepcionarme. La culpa la tuvo nuestra gloriosa juventud, o mejor dicho: creer en ella. Esos veinte años impregnados de carcajadas a dúo, con cenas de lujo sobre cajones de manzanas. Tibios almohadones bordados de complicidades. Esas imágenes me nublan la vista, y al diluirse nuestras figuras atino a ver que la metamorfosis ya estaba en marcha. Sos Samsa, y no en sus primeros días.

12 de enero de 1979

Querida hija:

Como nos pedís que te hablemos de Roberto, te voy a contar una anécdota. Esta mañana pasó a buscarme para ir a almorzar al café. Mientras comíamos yo le hablaba de cómo el hombre puede modificar la materia con una fórmula matemática, es decir, con una idea que sólo él descubre en ella. El me comentó una idea suya de cómo fabricar un sobre para correspondencia que se reciba mucho más rápido y sin desperdiciar papel. La charla le interesó tanto que se le hizo tarde y tuvo que salir corriendo. Se fue volando, como siempre, con las alas de su portafolio. No pudo esperar la cuenta.

Se te olvida que Chito pagó la cuenta y me la volvés a cobrar. Apurado y sin tiempo para dar explicaciones, lo más expeditivo es quedarse con el vuelto. En suma, el departamento.

La llave mágica

Con el departamento en mente bajo en tránsito del avión que me trae de regreso a mi historia. Bajo en Santiago de Chile: Once grados centígrados, cielo despejado. Cumbres nada borrascosas. Paso una ventanilla que reza: control de pasaportes, pero un acento más simpático que la voz me detiene:

-¿Qué hace usted en territorio chileno?

El funcionario me amenaza con el reglamento y el significado técnico de la palabra tránsito, que excluye por definición el acto de presentar pasaporte para entrar a un país.

¿Cómo le explico que ando distraída recordando muros y metamorfosis? Mi reflejos me salvan: saco de la cartera mi identificación profesional como quien saca un arma en las series de Hollywood: con destreza y un dejo de ironía.

Dr. Nora Strejilevich. Latin American Literature
University of British Columbia, Canada

La llave mágica, la tarjeta del éxito impresa of course en un inglés diseñado para encandilar pupilas burocráticas. Sin percibir que mi título de doctora no cura ninguna letra, reacciona: sonrisa acogedora. Todo se va a solucionar sin inconvenientes: -Sígame doctora, faltaba más.

Ya no soy, por suerte, un grumo que se aplasta con estatutos metálicos y cortantes.

Me diluyo en el magma viscoso de los pasajeros que apenas pasan, en el horizonte impreciso de los sin tierra.

Vuelvo al asiento correcto, del avión correcto, del país correcto... y voy a llenar la tarjeta de embarque correcta.

Pero al despegar descubro un dato incorrecto: hoy no es diecisiete, mi número favorito, ni siquiera veinticinco, el segundo que mi lógica superstición ha declarado ganador. ¡Llegué un día fallado! Aterrizar un veinticuatro es atroz, una ofensa a mi vapuleado calendario existencial. La terminación par me arruina la complicidad con las

fechas, me deja a la intemperie como al país. No me sorprende, ya en tierra firme, que los teléfonos no funcionen, que los taxistas se peguen como moscas y que un par de botas de invierno me proteja de los treinta grados con ochenta por ciento de humedad. Culpa del veinticuatro.

Una voz pronuncia junto a un auricular el estribillo del folklore nacional: -Fijate que no pude hacer la denuncia en la policía porque no tenían formularios. Un derrumbe mudo me afloja las piernas. ¡Dadme un punto de apoyo, y prometo no mover el mundo! Diviso un puesto de diarios y revistas. Para disimular mi estado de confusión, miro la mercadería con interés. A ver si todavía sé leer castellano.

Hoy se cumplen diecisiete años del golpe militar de 1976

O no sé leer y tengo una imaginación frondosa, o sé leer y por primera vez en mi desconcertante vida los milicos, aunque sin proponérselo, me dan un gusto.

Las organizaciones de derechos humanos
convocan a una radio abierta en Diagonal y 9 de
Julio, de 8 de la mañana a 8 de la noche

¡El más alusivo de los diecisietes! Saboreo la noticia:

-El golpe fue un hecho irremediable que contó con el apoyo de prácticamente toda la sociedad argentina sin otra oposición que la del ámbito subversivo- afirma el segundo Presidente del régimen instaurado en 1976, Roberto Viola. Pese a la sentencia de 16 años de prisión que recibió como culpable de graves violaciones a los derechos humanos, interrumpida por el indulto con que lo benefició el Presidente Menem junto a otros comandantes militares de aquel régimen, Viola aseguró que en los años del “Proceso” no hubo terrorismo de Estado: la expresión terrorismo de

Estado no va. *Clarín*, 24 de marzo de 1993

Me sorprende no tanto el tono contundente de las voces uniformadas, como que sigan pronunciándose con tanto aplomo. Esos giros altivos deberían estar pasados de moda. Claro, con las modas nunca se sabe... pasó la época en que se usaban uno o dos colores por temporada: ahora vale todo, hasta el verde caqui. Como acabo de aterrizar me asusta este estilo tan permisivo, a ver si me contagio y también yo me acostumbro. Aunque necesitaría mucha práctica, es un logro que demanda años de ejercicio. Entre los que me rodean frente al puesto de diarios no detecto nada de esa furia, de aquel tumulto de antaño que párrafos más tenues sabían desatar. Ni pestañean. ¡Atención! Una cincuentona se acerca a El Clarín con gesto apático. El billete que le pasa al vendedor le dará acceso a las travesuras de nuestros maestros de la semántica, y a la cotización del dólar. Aunque ese no es tema de actualidad porque peso y dólar flotan juntos como hermanitos de leche. Concentro toda mi esperanza en la señora, a ella sí va a hervirle la sangre cuando mire el titular y lea el artículo. Pucha, me equivoqué. La señora pide cambio.

Para pertenecer al Club de los Amnésicos no se necesita ninguna aptitud especial -ni siquiera una gran falta de memoria, espontánea o provocada por algún golpe, el envejecimiento de las arterias o la escasa irrigación del cerebro-, porque se parte del hecho de que desde el momento de nacer, todos somos amnésicos, especialmente aquéllos que creen recordar. Cristina Peri Rossi, *Cosmoagonías*

Siempre Coca-Cola

No todos somos amnésicos. Nosotros, los llamados sobre- vivientes, volvemos hoy al terreno del Club Atlético. Hace tiempo creí verle la entrada desde el ojo de una cerradura. Ni ojos ni cerraduras, apenas este polvo surcado por carreteras. En el descampado donde sólo quedan tierra y viento que levanta tierra, hay un café con sombrillas blancas y rojas que rezan Siempre Coca-Cola... Lógico: para que siempre Coca-Cola, a menudo

Clubes Atlético. Ese cartel es un tomo de economía política, dicen mis pies pisando el relieve de la impotencia.

Impotencia que se embarca en preguntas retóricas: ¿será el mismo espacio? Si no hay escaleras, ni mirillas, ni guardias, si los muros no están, si el feroz dinamismo de las autopistas sepultó tubos y pasillos ¿será?

-Era un club y es un camino, flor de simbolismo ¿no? Lo tiraron abajo pero abrieron un camino. Camino que transita sobre nuestros cuerpos suspendido en un allá que no nos pertenece.

Pero hay peros después del punto y aparte: a lo largo de las horas el acá nos empieza a pertenecer. Van surgiendo indicios, claves de un paisaje a primera vista banal. Se empieza a leer: Acá funcionó el Club Atlético. Se empieza a pintar: Asesinos. Se oyen cánticos:

*Compañeros
hoy venimos a contarles una historia
porque nunca consiguieron arrancarnos la memoria
hace de esto 20 años una noche muy oscura
un 24 de marzo empezó la dictadura.*

Los ladrillos, gracias a las manos de borradores de amnesias, terminan por hablar. Las paredes terminan por esbozar pañuelos, los aerosoles terminan por exigir justicia. El lugar, aunque siga sin parecerse a mi ayer, promete un sentido.

Voy y vengo por la vereda sacando fotos. Quiero desquitarme de este paisaje inasible, sin puntos de referencia, duplicando ángulos, curvas, planos que invoquen un recuerdo. No me resigno a no identificar la geometría de mi pasado, insisto en el registro pero pierdo. Quiero decir, pierdo la cámara. Textual y rotundamente, en un descuido o por pura clarividencia se hacen humo las tomas, las distancias, los encuadres. Quedo a merced de la incertidumbre que no logran aplastar mis pasos. Los objetos, que suelen ser más sabios que uno, me abandonan a la inmediatez de la mirada.

¿Qué ves?

Ve veo ¿qué ves? Veo verde esmeralda sobre el cemento gris. El verde trepa por una columna y veo verde hoja con matices color nube. Las columnas sostienen una autopista que arrasó con campo y picanas en el setenta y ocho. Pero no se arrasan los nombres, me digo, las almas no se arrasan. Nombres y almas dan formas que también veo: la del tiempo en lentas arrugas grabadas en caras de tinta china, la del dolor en tabiques posados sobre ojos tácitos, la de la bronca en bocas de témpera que se resisten a hablar, la de la fuerza en brazos y puños que se alzan con el gesto estilizado del símbolo, la de la vida en ojos abiertos al más allá de toda vista posible. Un ramillete de frentes y perfiles esculpidos da brotes, crecen ramitas allá arriba, casi tocan la base de la ruta: flotan en el aire, son la intemperie de la historia.

Cumple años nuestra segunda piel de casi dos décadas, nos convocan la ley de la memoria y de la vida. Por eso

corresponde llenar este espacio con vino, con abrazos, con fotos, con canciones, con poesía. El verde salpica todo negro posible, la apatía del polvo se acurruca y juguetea el viento entre las manos. Manos que arman una enorme fogata alimentada por caras impresas. Rasgos y nombres de verdugos se consumen detrás de implacables barrotes de soga. Extraños rituales nos convocan ¿quema de brujas? no. Esta es una peña, cantan alegres estribillos los murgueros, comen asado los amigos mientras arde un horror de papel.

Me crucé en la calle con el Turco Julián. Estaba caminando por el centro con un pibe sobre los hombros Quizá por eso no me dio ganas ni de pegarle.

-Chau, Tito-, me llamó. Se metió una mano en el bolsillo, sacó un montón de fichas de subte, y me dijo: -Estoy en la lona, flaco, vendo fichas para parar la olla, mirá vos.

-Ya en el pozo te decía que eras un forro, un forro que se usa y se tira- le contesté.

Y la seguía: -con todo lo que vos sabés habrás conseguido un buen laburo.

Le dije que no, pero que me las podía ingeniar sin su ayuda.

-Te puedo recomendar gente importante, mirá que podés ir de parte mía- insistía.

Entonces le pregunté si tenía que ir de parte de Juan Simón, que es su nombre real, o de parte del Turco Julián.

-De Julio Simón, hijo de puta, de Julio Simón.

Una senda nos lleva al escenario donde suben y bajan emociones y festejos. Un micrófono pronuncia mi nombre: no mi código sino mi nombre. Y sale de ese nombre una voz que resuena a pesar mío, que se planta delante de mí dispuesta a pronunciar su propio texto.

Una magia perversa gira la llave de casa. Entran las pisadas. Tres pares de pies practican su dislocado zapateo sobre el suelo la ropa los libros un brazo una cadera un tobillo una mano. Mi cuerpo.

Palpo las miradas frente a la sorpresa de esta voz que repite: pisa pisuela color de ciruela.

Doy vuelta la página, cruge el papel entre estos dedos que palpan la figura del círculo, incrédulos entre imágenes que son y no son ficciones: ¡me llevan, me llevan!

El secreto recorrido de casa al Club Atlético se hace público, habla hasta por los codos. Las voces del pasado me encarnan y soy, somos, el poema:

asesinaron
a mi hermano a su hijo a su nieto
a su madre a su novia a su tía
a su abuelo a su amigo a su primo a su vecino
a los nuestros a los suyos a nosotros
a todos nosotros
nos inyectaron vacío.
Perdimos una versión de nosotros mismos
y nos reeditamos para sobrevivir.

Palabras escritas para que las articule acá, en este lugar que no es polvo ni celda sino coro de voces que se resiste al monólogo armado, ese que transformó tanta vida en una sola muerte numerosa.

